

EL VIAJERO DE SATURNO

AUSTIN TOWER

COLECCION

ESPACIO

EL VIAJERO DE SATURNO

por

AUSTIN TOWER

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llórente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 19, BARCELONA

ESPACIO

TÍTULOSPUBLICADOS

1. EL átomo Juega su baza
2. El cerebro
3. La invasión de los hielos
4. Terror en e1 IV Planeta
5. La rebelión de los átómos
6. Dueños del mundo
7. Pánico
8. Dimensión "X"
9. Planetoide 2.013

10. “Ellos”
11. El negro espacio silencioso
12. Motín electrónico
13. Tesoro cósmico
14. Rebeldes de la Galaxia
15. Tiempo dos
16. Objetivo: Tierra
17. Los hombres arañas de Titán
18. El enigma de los siglos
19. El hombre de la doble dimensión
20. Después del diluvio
21. La vuelta de Gulliver
22. La incógnita de Marte
23. Estampida al satélite
24. Las máquinas locas
25. Viajes prohibidos
26. La amenaza negra
27. Elia, reina de Jupiter
28. Las minas del cielo
29. F. B. I. contra Marte
30. El camino sin fin
31. ¡S.O.S., Plutón!
32. Retorno al Paraiso
33. Desgravitación
34. Los fito-venusianos
35. El viajero de Saturno

PRÓLOGO

Mi querido lector: ¡Soy un jactancioso! Alardeo de tener amigos en todas las esferas sociales.

Claro que algunos de ellos fueron, en principio, simples conocidos; personas que se relacionaron conmigo debido a su profesión o medios de vida, y cuyo contexto inicial seguí cultivando con un interés más o menos legítimoy confesable.

Lo mismo que otros coleccionan sellos o sortijas dé habanos, aldabas o cachimbas, yo reúno amistades. Por elplacer de tenerlas o la conveniencia de estrujarlas. Me explicaré.

En mi “album” emocional tengo horteras y negociantes, hércules y blandengues, inventores y artistas, ricos y mendigos. Me agrada profundizar en sus diversas psicologías, y de ellas entresaco ideas y argumentos, charlas vivas y color… De sus reacciones brota

el material para mis novelas, y suelo copiar también el ambiente en que mis amigos viven y desarrollan sus actividades. Creando y conservando relaciones, y hago acopio de amenidad y experiencia.

Quizá uno de los tipos más modestos que conozco sea el trapero de Soho. Es un hombre insignificante y mísero, que hace de la economía un vicio,Se dedica a comprar por una insignificancia todas las cosas usadas que le llevan; desde trastos heterogéneos—producto de la limpieza de desvanes—hasta papel viejo y pan duro. El hebreo Sammy Lebanon, sin familia ni lazos afectivos, parece haber brotado por generación espontánea en su tinglado de desperdicios y antiguallas.

Su negocio — si así puede llamarse — tiene él nombre de chamarilería. Muchas veces he cavilado sobre el milagro de la subsistencia de Sam; no tiene dependencia que le ayude y él no limpia nunca. Se pasa las horas muertas sin qué entre un comprador en su casa, hojeando y leyendo un manoseado Talmud.

Yo me sentí un poco aturdido en mi primera visita a la tienda, ante la mescolanza de cosas que allí se acumulan. Y el israelita me pareció algo así como un reyezuelo salvaje, rodeado de trofeos tan pueriles que hubiesen hecho sonrojarse a un mozalbete. Él parecía, en cambio, satisfecho de la confusión babélica de su tenducho.

¡Contemplaba con cierto orgullo — colgados de las paredes y el techo — paraguas que jamás volverían a abrirse ante la lluvia, jaulas de las que hubiera podido escaparse un tordo, y ristras de zapatos viejos y rotos!

—Tengo alma de ropavejero — me confesó un día, al ver mi gesto de asombro.

Y se reía al decir esto.

Estaba justificada mi actitud. Después de conocer a Saín desde varios meses atrás, veía en la tienda los mismos géneros sin variación aparente. Llegué a sospechar que el negocio era una tapadera para ocultar otras actividades menoslícitas y más productivas. Y la sospecha no fue motivada por mi retorcida y pecadora imaginación: allí no entraba ni una rata, tal vez porque ya estaban dentro todas las de Londres.

Es fácil justificar mi insistencia al visitar a un hombrecillo que no tenia a la venta sino basura, entre verdaderas montañas de papel y nubes de polvo. Las moscas y la polilla alternaban con

algún que otro roedor, y no pocos insectos. El aspecto descuidado y sucio de mi amigo formaba pareja con el desastre de su negocio.

Pero… ¿había tal desastre?

Me acostumbré a buscar de un modo ordenado en aquel caos, separando de los rimeros de cosas viejas lo que podía interesarme. Lo hacía despacio para no empolvarme demasiado y temeroso de que la balumba se desplomase sobre mis costillas. Sam me veía y me dejaba hacer con una sonrisa maliciosa, como si le divirtiera aquello.

Para él yo era un notable sirviente, que le desposeía de basura sin cobrarle un penique; antes bien, dejándole abundantes chelines, si encontraba algo utilizadle. Cuando me veía salir de su tienda cargado con un montón de revistas o periódicos atrasados, la mueca burlona se acentuaba en el rostro de mi amigo. Y solía decirme:

—¡Usted volverá! Estoy seguro de que ha de encontrar cosas interesantes… ¡La esperanza es lo último que se pierde!

Sabia que yo era escritor, y que pasaba la vida buscando~ temas para mis obritas. Mapas y documentación con los que hilvanaba después historias sentimentales o truculentas, relatos plenos de acción o disertaciones costumbristas. Y parecía olvidarse de mí cuando me veía — armado de paciencia y de unos zorros — husmear entre rimeros de libros, montones de revistas y papelotes.

Una tarde di con el legajo manuscrito.

Estaba atado con una cinta rosa, fea y desvaída. Al principio no le di importancia,, creyendo que se trataría de un fárrago de tipo jurídico o comercial. Pero me bastó echarle una ojeada a las páginas de apretada escritura para sentirme interesado.

De todos modos pregunté con indiferencia:

—¿Vale algo esto? Parecen cartas…

—¡No son cartas!— contestó Sam, frotándose las manos satisfecho —. Es una historia, aunque tal vez resulte demasiado fantástica para usted. El precio son diez libras…

Arqueé las cejas al oír la disparatada suma, pero el israelita no me rebajó ni un penique. Yo me debatía entre la curiosidad y la codicia, y resultó de ello lo inevitable: ¡pagué y me llevé a casa lo que consideraba un tesoro para mí!

No hice malnegocio. Al leer aquellas notas, y ponerlas en

limpio, comprendí que tenía ante mí — perfilado ya — un relato increíble, pero apasionante. Y no me costó trabajo encontrar un editor que me pagase diez veces lo que yo di por el legajo. Claro está que en la suma iba incluido mi trabajo de adaptación, y algunas pequeñas correcciones de estilo.

Quedé muy satisfecho con Sam, y empecé a considerarlo desde entonces bajo un aspecto nuevo. Resulta casi innecesario decir que desde aquel día no dejé un selo rincón de la tienda sin registrar, locual supuso una tarea ímproba y extenuante. Pero no tuve suerte.

Sammy Lebanon me dejaba hacer sin alentarme en la búsqueda, pero también sin hacer comentarios que me desilusionasen. Simplemente se encogía de hombros, como dando a entender que la virtud tiene un premio. Siempre, y de modo infalible.

Confieso que puse patas arriba toda la chamarilería. En sucesivas tardes de trabajo fui ordenando los estantes, vaciando los cestos donde se acumulaban los papelotes eincluso la inmensa y destartalada cueva. Animoso como un minero —y arrostrando idénticos peligros de asfixia y de hundimiento-- he retado a la muerte en una batalla sin gloria y sin relieve. En el anonimato de una labor estimulante.

Según me dijo Sam una tarde neblinosa, la esperanza es lo último que se pierde.

Y los chelines y peniques lo primero. Cada día me llevo algo de la tienda del judío, para justificar mi búsqueda. A este paso, mi domicilio va a convertirse en una sucursal del ropavejero.

Rodeado por verdaderos parapetos de libros y revistas, he pensado muy seriamente en vendérselos de nuevo a Sammy Lebanon. Sé que no va a ofrecerme ni la décima parte de lo que pagué por ello, pero estoy dispuesto al sacrificio económico. Es un problema que es necesario resolver.

Es un deber de amistad ayudar a los amigos, ¡qué diablo! Sobre todo si ello me ayuda a mí de algún modo. Porque lo cierto es que, ante la invasión de papelotes y libros, me he visto obligado a hacer mis comidas en pie. Y estoy pensando que, si no vacío rápidamente mi casa, llegará un momento en que tendré que dormir, también, en postura vertical.

Vean ustedes lo que me costó diez libras y una invasión de libros. El contenido del famoso legajo manuscrito: la historia increíble, pero apasionante, del viajero de Saturno.



CAPITULO PRIMERO

En la lujosa habitación que servía de despacho a John Crawer, redactor jefe del “Monitor”, dos hombres se miraban frente a frente. Parecían amigos, y la sonrisa iluminaba los rostros de ambos. Sinembargo...

Tanto Crawer como Linn Harvey ocultaban sus verdaderos sentimientos: el uno de fastidio, el otro de feroz ansiedad.

—Lo siento, Harvey — falló el redactor jefe— ¡no podemos darle trabajo! Estamos saturados depersonal, como usted sabe,

Pero, si encuentra un reportaje interesante o de gran actualidad, se lo compraremos a buen precio. ¡Sin lugar a dudas!

Crawer se levantó del asiento, mirando su reloj con gesto elocuente.

Por centésima vez una mano se tendía hacia Linn. No en la forma que él hubiera deseado, sino en cortés y decisivo gesto de despedida. En el rostro de su interlocutor, simpático y cordial, se estereotipaba tan firme convicción que no quiso insistir.

El joven se despidió brevemente y, bajando las escaleras, volvió a sumergirse en la multitud.

El monstruo de la crisis había hecho upa nueva víctima.

Sentado en un bar automático, mientras consumía con una taza de café sus últimos centavos, leyó otra vez los anuncios de "Ofertas y Demandas". Ya tenía punteados algunos, y se disponía a ofrecerse como fámulo o profesor de lucha —sus únicas habilidades fuera del periodismo—, cuando una conversación cercana le retuvo en su asiento giratorio. Oyó:

—Te digo que no se necesita sino valor y decisión. ¡Y es un trabajo científico! Si no fuera por mi familia, yo... ¡me brindaría a ello! — dijo una de las voces.

—¡Eso es casi un suicidio! —contestó su interlocutor—. He oído hablar de compras de, cadáveres, y de grandes depósitos donde se almacenan — a disposición de la cirugía — ojos, huesos y vísceras humanas. Pero de eso a comprar seres vivos... ¡Es una locura y una abyección!—terminó el interlocutor, rotundo.

Linn se volvió a medias, con mucha discreción, yvio a los dos tipos que hablaban. Eran jóvenes y parecían excitados por el tema de su charla.

—No exageres, ¡por favor...!—protestó el primero que habló —. El doctor Roderick no es ningún loco. Goza de la estimación y aprecio de sus colegas, y aún de muchos profanos.

—Y como todo científico, antepone su afán investigador a cualquier prejuicio de orden sentimental— tronó el polemista.

El "barman" tomó los centavos que le ofrecía Linn, y los depositó en la caja con gesto mecánico.

—Me consta que aprecia y respeta la integridad humana — seguía diciendo el defensor de Roderick. — Además, cuando tantos hombres mueren diariamente, de hambre o por estúpidos

accidentes, ¿qué es una vida sacrificada en aras de la ciencia? Yo tengo gran fe en él — concluyó —. Y no me importaría, si fuese solo, ofrecerme para sus ensayos.

Los que hablaban eran, al parecer, dos estudiantes que terminaban su almuerzo y se disponían a abandonar el establecimiento. Decidido, Linn se dirigió a ellos y los saludó cortésmente diciendo: —Perdonen, señores. He oído sus palabras, y ellas han excitado mi curiosidad. Desearía, si no les molesta, que me faciliten algún detalle más. O, en todo caso, la dirección de ese doctor de quien hablan. ¡Me interesa ofrecerme a él como sujeto — voluntario — de sus experiencias!

En sus palabras no había temblor ni excitación. Los jóvenes le escucharon con cierta extrañeza. Uno de ellos —el que había defendido al doctor—, se dirigió a Linn y le preguntó:

—-¡Un momento! ¿Haría usted ese trabajo por simple curiosidad, o porque necesita ganar unos dólares? Parece que no, pero existe un matiz.

—Por ambas cosas a la vez —contestó Harvey, rápido—. Soy un sin trabajo y no tengo familia ni lazos que me impidan servir de cobayo humano. Si usted cree que valgo físicamente para el caso, le agradeceré que me facilite esa oportunidad que necesito aprovechar.

Uno de los jóvenes no quiso sancionar, con su presencia, lo que le parecía una venta humana. Dio un bufido, saludó, y se fue. El otro, el que había hablado a Linn, tomó nuevamente la palabra:

—Soy ayudante del doctor Roderick — explicó — y lamento que mi exaltación — al comentar sus trabajos con un compañero — haya levantado un poco el velo de la reserva profesional. — Hizo una pausa. — Le creo a usted decidido a ponerse en contacto con mi jefe — añadió después — y averiguar su dirección será para usted tan sencillo como abrir la guía telefónica.

—¡Es una idea! —murmuró el joven hambriento y desesperado.

Iba a dirigirse a la cabina telefónica, cuando fue retenido de un brazo, suavemente, por su interlocutor.

—¡Espere!—dijo éste—. No tengo inconveniente en acompañarle a su casa. Pero sería para mi una pifia si usted se arrepintiera después, ya que el doctor odia la publicidad y desea

mantener en secreto sus experiencias. Por consiguiente... sólo si lo desea firmemente, Iremos en su busca.

—Por mi... ¡adelante! — prometió Linn—. No le defraudaré: estoy dispuesto a cualquier cosa legal.

Salieron del bar, y el joven mandó detener un taxi desocupado.

A los pocos minutos caminaban, fuera ya de las aglomeraciones del tráfico, hacia uno de los barrios señoriales de San Diego. Hasta cerca del Monte Alamosa.

A una indicación del acompañante de Harvey, el coche se detuvo frente a una residencia lujosa, rodeada de un frondoso y tranquilo parque. Un rótulo esmaltado pregonaba el nombre de la finca: “La Arcadia”.

Penetraron a pie por una amplia avenida, bordeada de tilos, cuyo aroma penetró suavemente en el pecho de Linn, calmando su emoción.

Se encontraba bien dispuesto y sin gran nerviosismo caminaba al lado de su joven mentor. Éste apenas pronunciaba palabra, arrepentido sin duda de su indiscreción anterior.

Llegados al edificio, tras de una pequeña espera fueron conducidos a presencia del doctor. Los aguardaba sentado detrás de una gran mesa, y se levantó al ver entrar en la estancia a sus dos visitantes a los que hizo señas de que se adelantaran.

Era un hombre alto, cenceño, de rostro agradable y penetrante mirada. Saludó a su colaborador con un gesto y permaneció, después, en actitud cordial y expectante.

El joven que había llegado con Linn carraspeó, turbado, y tomó al fin la palabra:

—Doctor — dijo—, antes de presentarle a mí acompañante, cuyo nombre ignoro aún, debo confesarle una pequeña negligencia. Estaba tomando un refrigerio con el amigo Walter y, quizá por desahogar mi ansiedad cara al próximo experimento, hablaba de ello en voz baja.

El doctor hizo un gesto de desagrado.

—ímpetu juvenil — murmuró—. ¡Siga, Frank!

—No fue nada concreto, desde luego; pero sí suficiente para que este señor — señaló—, que se hallaba a nuestro lado, oyera algunas palabras y nos Interpelase.

—No me ha dado ningún detalle más— terció Linn—. Ha preferido traerme ante usted, pues le manifesté hallarme dispuesto a servir como sujeto de la prueba, cuyo desarrollo ignoro totalmente.

—No tiene familiares ni aparentes defectos físicos que le Incapaciten — aclaró Frank—. Parece serio y bien dispuesto.

El doctor, mientras escuchaba a su ayudante, observaba atentamente al voluntario. Se levantó de su asiento y estuvo dando vueltas a su alrededor; mirándole como si el joven fuera un traje hecho que él hubiera de ponerse.

En tanto, Frank seguía elogiando las cualidades de "la prenda".

Roderick hizo después varias preguntas, y frunció el ceño cuando Linn le dijo que era periodista. Se atenuó un tanto su disgusto al indicarle que, en la actualidad, no tenía trabajo. Al cabo habló, dirigiéndose a los dos hombres que esperaban su decisión final.

—No les extrañe mi fobia contra los "chicos de la Prensa". Está justificada, a mi modo de ver, porque los considero servidores — sin pudor alguno — de ese ídolo voraz que se llama curiosidad pública.

—Yo no hablaré — prometió Linn.

—No me importa que mis experimentos se ventilen ante gentes doctas — siguió el investigador—, siempre y cuando hayan llegado a feliz término y sean sentadas las correspondientes conclusiones científicas. Entonces seré el primero en comunicar los resultados obtenidos, pero en reuniones adecuadas.

Hizo una breve pausa y añadió:

—La Ciencia no debe ser patrimonio de unos cuantos, y todo aquel que venga a mi con verdadero deseo de aprender, me tiene a su disposición. Pero exijo, terminantemente, el secreto en los primeros pasos de sondeo y estudio. ¿Me comprende, Harvey?

—Sí, doctor — contestó el joven—, ¡le entiendo perfectamente! Y sigo estando dispuesto, si me acepta, para servir en sus investigaciones. En tal caso le ruego me aclare en qué consistirán mis servicios. Y tenga la seguridad de que sus palabras no saldrán de mis labios, si no me autoriza a divulgarlas.

El doctor meditó brevemente. Y al fin pareció decidirse, dando

un suspiro.

— ¡Está bien!—dijo.—. Vamos a hacer un pequeño pacto. En el caso de resistir todas, las pruebas clínicas, usted será mi sujeto.

—¡Bravo! —exclamó el impetuoso Prank.

—Le pagaré una buena suma por el riesgo que ha de correr —siguió Roderick—. Cantidad que, a título de indemnización, puedo entregarle ya, puesto que carece de familia. O a la persona o entidad que usted disponga antes del experimento, para el caso de que falleciera durante el mismo.

El rostro de Linn permaneció imperturbable. Ante la escrutadora mirada del sabio.

—Si vive, podrá disponer a su comodidad de esedinero y, mientras yo comunico a mis colegas los resultados científicos, usted puede dar a sus experiencias la forma del más apasionante de los reportajes.

Con un gesto despidió Roderick a su colaborador, cerró la puerta del despacho y fue a sentarse frente a Linn, en un sillón. En seguida tomó de nuevo la palabra:

—Soy especialista de enfermedades nerviosas y mentales. Y mi nombre, la fama que me rodea, han de ser para usted una garantía. Le digo esto porque la exposición sucinta que voy a hacerle de mis proyectos puede parecer irreal y fantástica. Se trata, sencillamente, de desplazar su espíritu a un mundo exterior, ajeno al nuestro. Para que me comunique, en estado hipnótico, sus sensaciones y... ¡aventuras!

Dejó unos instantes a Harvey sopesar sus palabras y, como viera que él asentía, continuó después: —Ha de ser una experiencia indolora, aunque lleva implícito un riesgo mortal. Se tomarán, para prevenirlo, cuantas medidas científicas sean necesarias. Además — como seguiremos paso a paso su desarrollo —, usted nos transmitirá mecánicamente sus impresiones e intentaremos ayudarle.

—¡Viaje en espíritu!—murmuró Linn.

—¡Exacto! Su alma, la única que se desplazará en el viaje, no puede morir; y sí únicamente desprenderse del cuerpo por propia voluntad, o bajo la sacudida del miedo o de alguna emoción violenta, —Pero... el cuerpo...

—Lo alimentaremos mediante inyectables, y estimularemos

su corazón cuando llegue el caso — prometió el sabio —. Nuestra sugestión no le abandonaráen medio de los peligros que puedan presentarse. De todos modos, es posible que el planeta sobre el que pretendemos proyectar su espíritu — a pesar de haber estudiado concienzudamente sus condiciones de vida—, se halle deshabitado. Su viaje se limitará entonces a una pacífica excursión sideral; meramente descriptiva de paisajes más o menos extraños.

Hizo una pausa. Y como Linn no hablase nada — soñador y atento sólo a las posibilidades que entreveía—, le dijo dubitativamente:

—Este es mi proyecto, y la colaboración que espero de usted. De todas formas, voy a darle unos días de libertad para decidirse. Si persiste en su determinación, si voluntariamente se halla dispuesto, vuelva a verme. Mientras tanto — en compensación por su prometido silencio, voy a entregarle algún dinero.

—¿Un dinero por nada? — estalló Harvey, incrédulo—No puedo aceptarlo, doctor.

—Tiene sus condiciones — siguió Roderick—: que no lo emplee, si ha de volver, en diversiones ni excesos que perjudiquen su salud física y mental. Si no dispone de alojamiento, aquí tiene una habitación confortable y comida sana y abundante. Puede pasear por el parque o salir al exterior: ¡uno de mis coches está a su disposición desde este momento!

Se levantó, ofreciendo la mano.

—Ahora — terminó — le dejo para continuar mis trabajos. Piense en cuanto le he dicho, con serenidad y espíritu objetivo. Cuantas dudas puedan ocurrírsele han sido ya estudiadas. Desde luego, hay peligro, aunque no tanto como el que tendrán que afrontar los tripulantes de esos aviones cohetes que se lanzan al espacio; donde siusted quiere— añadióhumorísticamente— puede hacer el viaje de regreso.

Despidió a Linn, dejándole en las manos unos billetes. Con un gesto amistoso, abrió la puerta de su despacho y encaminó al joven hacia la salida.

Cuando Harvey se encontró de nuevo en la calle, tomó un taxi y se adentró en el bullicio de la ciudad. Comió en un buen restaurante y paseó después por un parque.

Buscaba en la soledad la forma de aquietar su espíritu. Compró diarios y revistas, entró en un cinematógrafo. Se acostó, al fin, en una modesta hospedería.

Pero no consiguió suavizar el febril desasosiego que le consumía. Se consideraba como un desterrado del planeta, vagando por las inmensidades estelares. No pudiendo dormir, se asomó a la ventana de su habitación, y contempló en silencio los millares de estrellas que titilaban en la noche. La Luna, con su cara ancha y su sonrisa bobalicona...

¿Hacia qué invisible punto sería lanzado por la voluntad de Roderick? ¿Volvería a despertar del sueño hipnótico o, a pesar de los esfuerzos del sabio, su cuerpo restaría insensible a todo reactivo? ¿Sería un loco aquel doctor, contagiado por su continuo trato con anormales?

Al fin, el cuerpo joven, bien alimentado, reclamó sus derechos. Una suave somnolencia le fue invadiendo.

Se introdujo en la cama y, a poco el sueño —poblado de confusas imágenes — le concedió su descanso. Y el aquietamiento espiritual de que se hallaba tan necesitado.

Al día siguiente, después de desayunar y tras dealgunos momentos de reflexión, se encaminó a la redacción del diario "Star". Preguntó por el redactor de la sección científica, con el que había realizado algunas colaboraciones tiempos atrás.

Cuando estuvo "el gran Willy" en su presencia, luego de saludarle cordialmente, le pidió amplios informes sobre el doctor Roderick. Sin explicarle el objeto de su curiosidad.

—¡Hum...! —exclamó su amigo—. Veamos lo que puedo servirte... ¡Muchacho!—gritó a uno de los botones, mientras garrapateaba en un papel varias líneas—: búscame el "dossier" Roderick, y trae todo lo que haya... ¡Rápido!

Volviendo a Linn, y manteniéndose en pie con las piernas bien abiertas—y las manos detrás de la nuca — continuó:

—Refrescaré, ante todo, mis recuerdos personales. Así, podrás confrontarlos después con los datos que existan en el archivo del periódico.

Hizo una breve pausa de concentración, y siguió:

—Roderick... Peter Paulus, sí. No recuerdo datos concretos ni fechas, pero de todo eso debemos tener gran surtido. Sé que ha

sido galardonado con varias distinciones honoríficas y que es respetado — “rara avis” entre sabios — por los de su profesión. Ha formado parte de algunos Congresos internacionales, y su clientela es muy selecta e importante. ¡Diablo! Si hasta nuestro director es uno de sus más fervientes amigos.

—No está mal eso, para empezar — dijo Linn, sonriendo —. Butch Jefferson es un ogro.

—Roderick habita un lujoso palacio de su propiedad — continuó su amigo —y está consideradocomo un filántropo de altura. Hace tres años quedó viudo en un desgraciado accidente, en el que perdió además a su primogénito varón. Tiene una hija que estudia con él, y que ha obtenido tantos éxitos al lado del padre como en sociedad.

—¿Guapa?—preguntó Harvey, sonriendo.

—¡Sí, por cierto! También quiero recordarte que posee un observatorio astronómico no sé dónde, varios coches y un yate. Espera...— exclamó, como si Linn fuera a marcharse—; ¡aquí vienen los datos pedidos!

“El gran Willy” tomó de manos del botones una abultada carpeta, y empezó a extraer de ella multitud de cuartillas impresas y mecanografiadas, fotografías y recortes de prensa. Después los diseminó sobre una mesa, ante los ojos del colega.

—Bueno, aquí te dejo con tu tarea — dijo —. Tengo mucho que hacer; pero cuando me necesites avísame...

Linn empezó a examinar los informes cuidadosamente, apartando los menos interesantes. Leyó y compulsó, reflexionando activamente sobre todo aquel material.

Para ser enemigo de la prensa, el doctor Roderick había sido traído y llevado muy elogiosamente por el sexto poder. Había multitud de artículos y reseñas, pero ninguna “interview”.

Al fin, satisfecha su curiosidad, Harvey colocó por orden todos aquellos datos y volvió a agruparlos en la carpeta. Se los llevó a su amigo, que vociferaba en aquél momento junto al teléfono:

—¡Pues si no te puedes dividir en dos, sigue al más importante, mastuerzo, uno de ellos se ha quedadoleyendo junto al mostrador conviértete en la sombra del otro, antes de perderlo. Yo arreglaré desde aquí el asunto, si me es posible.

Y colgó el teléfono con un fuerte golpe, mientras se volvía,

congestionado, hacia su amigo.

—Chico, ¡estoy deshecho! —exclamó—. El subdirector se ha puesto enfermo, y me ha encargado a mí el mochuelo de la Redacción. No sabes el lío en que estoy metido. Uno dé nuestros chicos acaba de localizar en el "Boris” a dos de la pandilla de Steve, de quien se sospecha en el secuestro de Dora Craig. Se ha marchado siguiendo a uno y me pide a alguien que persiga al compinche que se quedó anclado.

Hizo un alto en su relato, con los ojos brillantes.

— ¡A propósito! —dijo, mirando a Linn—. Tú andabas buscando trabajo... ¿Quieres ocuparte de este asunto? ¡Para seguir una pista eres formidable!

—Gracias, Willy — rehusó Harvey—. Tengo entre manos algo más importante — aclaró mientras entregaba al energúmeno el "dossier” del doctor ¡Bastante más!

—¡Está bien! Mandaré a cualquiera de los muchachos. ¿Te han servido los detalles que te proporcioné para algo bueno?

—Si — contestó Linn. —. He sacado la impresión de que el doctor es un hombre bueno y un sabio competente. Era todo lo que quería saber, por el momento. Gracias otra vez.

Su amigo le miró con aire de extrañeza.

—¡Pero, hombre! ¡Eso nadie lo duda!... — exclamó—. Dentro de su especialidad esun valor mundial. Pertenece al Club de los Cinco, y suspalabras son unoráculo en cualquier reunión de sabios. ¡Oye! —añadió, animado por una súbita idea —. Si puedes hacer un reportaje sobre él, “Star” te lo pagará maravillosamente. Roderick es uno de los hombres más inasequibles, huele al periodista desde varias millas y nos detesta cordialmente. ¡Sería para ti un éxito fantástico entrevistarle!

Linn se despidió de su amigo con una sonrisa enigmática y le dejó dando órdenes a diestro y siniestro. Bajó las escaleras exteriores y se dirigió a un taxi, encargando que le llevasen a toda prisa a la mansión del doctor.

Había decidido confiarse enteramente a él.

Un reportero iba a ser tratado e interrogado por un prohombre de la ciudad que odiaba a los periodistas. ¡Y mientras el doctor tomara notas, el “chico de la prensa” permanecería inmóvil ante él, en estado comatoso!

CAPÍTULO II

Linn Harvey llevaba varios días en cama, o paseando en una sillita de ruedas por el parque. Sin embargo, no estaba enfermo.

Por el contrario, jamás se había encontrado tan saludable.

El doctor Roderick le obligó a guardar absoluto reposo, manteniéndole a base de leche fermentada y jugo de frutas. Para el viaje que iba a emprender necesitaba el cuerpo libre de toxinas.

Aparte de estos alimentos, completaban el régimen inyecciones de adrenalina y otros tónicos para el corazón y los nervios. ¡A más de abundantes charlas y sesiones de música!

A veces, mientras el doctor hablaba al paciente de cosas distintas y distantes — con voz acompasada y monótona—, Linn sentía una somnolencia invencible. Sus párpados se cerraban dulcemente, y sumido en el sueño volvía a oír la voz que le hablaba.

Solía despertar sin desasosiego, de una especie de suave modorra. Entendía las palabras de Roderick aun sin escucharlas, como si entraran en su cerebro por una senda distinta de los oídos.

Y en ocasiones le parecía intuir sus pensamientos con bastante claridad.

A medida que pasaban los días aumentaba entre los dos hombres una fuerte identidad de criterio. Siel doctor hubieseordenado a Linn ejecutar un acto disparatado, él lo hubiese realizado sur vacilación ni repugnancia. ¡Consciente de que hacia algo lógico y legal, decente! No era un fantoche sin voluntad, sino el “alter ego” del doctor.

En ocasiones acompañaba a Roderick una mujer de voz armoniosa, cuyas facciones ocultaba un espeso velo. Linn ignoraba el porqué de tal reserva, pues, a juzgar por su voz y sus ademanes, ella debía ser joven y bellísima.

Pero no existía en el voluntario una excesiva curiosidad y acataba tácitamente el misterio. La señorita acompañaba las sesiones de música entonando dulces baladas y canciones sentimentales.

A Lina le gustaba sentirse arrullado por la voz femenina y, en

su debilidad creciente y progresiva era el mejor bálsamo que podía esperar. Cuando tardaba en ver u la misteriosa joven sentía cierta impaciencia y el doctor Roderick — que parecía adivinar sus pensamientos — la hacía acudir inmediatamente.

También veía a veces a Frank y al ayudante del doctor, a quien conoció en el bar. Y a muchas otras personas que le miraban y tomaban nota de sus reacciones.

El doctor hablaba deastronomía, e ilustraba en ocasiones su charla con proyecciones animadas. Debido, sin duda, al estado especial en que Linn se encontraba, le era fácil asimilar todas las enseñanzas sin olvidar el menor detalle. Bastaba que se las explicasen una vez para quedar grabadas en su memoria.

Tenía la intuición de que si le leían seguidamente varios libros de Ciencia podría aprendérselos de corrido y saldría en semanas hecho un ilustre sabio.

Hasta tal punto aclaraba la inteligencia de Roderick— deductiva y analítica — cuantas dudas forjaba el pensamiento del periodista.

¡Qué lejos le parecieron a éste los días en que buscaba trabajo desesperanzadamente! Estaba deseando partir para su incierto destino; pero, aunque era muy grande su afán, no sentía impaciencia.

Se encontró, al fin, como en la cúspide de una altísima montaña; rodeado de una suave neblina y dispuesto, si se lo indicaba el doctor, a lanzarse rodando hacia abajo. O a levantar sus brazos y su espíritu por sobre los picachos más elevados...

Sí; tenía la sensación de poder volar; de estar haciéndolo ya. Notó como un burbujeo en todo su cuerpo, una efervescencia y comezón inexplicable. Carecía de impresiones físicas, excepto la visión y una especie de sentido auditivo. Le habían abandonado las impresiones del tacto y del olfato.

La vista se limitaba, por el momento, a percibir radiaciones multicolores. Ondas luminosas de variada policromía, sobre un fondo blanco y deslumbrante. De dentro de él mismo — como una luciérnaga humana— brotaban nimbos concéntricos de colores rojizos, verdes y amarillentos, que se descomponían en una serie interminable de gradaciones.

No existían el pardo, el azul o el negro. Todo era claridad y

movimiento en derredor suyo, y le pareció que caminaba por el aire con serena y bien dosificada energía. Indudablemente estaba en el espacio, pero... ¿dónde y hacia dónde?

Algo se perfiló frente a él a gran distancia. Un disco de un color desvaído, salpicado de puntos concéntricos, como cráteres. ¿Sería la Luna, el muerto vigilante de nuestro planeta?

A medida que se aproximaba en su vuelo, el círculo se agrandó para adquirir más nítidas proporciones. Distinguió perfectamente una esfera, cubierta de profundas simas y de altas montañas. Agudas aristas se alzaban a enorme altura y le pareció sentir una sensación de vértigo.

El paisaje era árido y desolado. Ni árboles ni hierba; nada de agua o de nubes en ¿a atmósfera seca y restallante.

¿Estaba junto al satélite, amarrado como un eterno galeote a la Tierra? Si era así, ¿dónde se hallaba ésa? Por más que Linn escudriñó el espacio no vio ni sombra de un astro cincuenta veces mayor. Y no se puede escamotear un mundo como una moneda en la manga de un prestímano.

El viajero espacial se acercó con curiosidad al paisaje que tenía delante. Y, a poco, se encontró vagando a ras de su superficie.

Harvey no se veía a sí mismo: ignoraba si tenía cabeza o si era un mero fluido espectador. Su "cuerpo" se deslizaba suavemente a impulsos de la voluntad, como la niebla que — en las altas montañas — rastrea entre arbustos al soplo del aire.

Bajó hasta los más profundos cráteres, en donde apenas se vislumbraba luz. Y subió a las cumbres rocosas ágil, incansable, como un fuego fatuo que danzara en lo alto de los cipreses, junto a las sepulturas, para nutrirse de gas espectral.

Conforme iba caminando, nuevos cráteres y rocas se ofrecieron a su vista; sin trazas esenciales de variedad. Debía ser de noche, pues de otro modo nodivisaría con tanta nitidez las estrellas que parpadeaban en el cielo.

Pero, sin satélites que reflejasen la luz del sol... ¿de dónde procedía la claridad lechosa, glauca, que le rodeaba? ¿Qué cosa alumbraba lívidamente el paisaje, árido y dantesco?

Se dio cuenta de que un enorme aro de luz rodeaba el horizonte, semejando la cola incorpórea de un cometa. Era un arco

semiunido al astro, que le abarcaba como una potente tenaza. A su luz opalescente el seco territorio parecía dormir, ¿Era el suyo, en efecto, un sueño de siglos? Linn no observó el menor movimiento, la más leve señal de vida.

Se detuvo a reflexionar sobre (¿?) una gruesa piedra, un poco aturdido ante su soledad. La luz grisácea, que no arrojaba sombras, le envolvía por doquier.

Si hubiese tenido manos y cuerpo habría tratado de examinar las rocas que le rodeaban. Las hubiese golpeado para romper el silencio pavoroso; dado saltos para estudiar los fenómenos de la gravitación. Así, no tenía otra posibilidad que errar por la desierta superficie, o permanecer en un estatismo que le retratase como un cuerpo muerto junto al paisaje fantasmal.

Una música inaudible — sólo presentida — le sacó de su abstracción y sacudió su modorra. Las canciones de la joven cubierta de velos llegaron a Linn con su habitual dulzura... Oyó la voz de Roderick, lejana, remotísima, insinuándole:

—Estamos contigo, aunque a billones de millas. Cuidamos tu cuerpo material, y tomamos nota de todas tus sensaciones. ¡No desesperes! Aguarda...

Y mientras la deliciosa voz resonaba a su alrededeor y la música subía de tono, el aventurero del espacio se sintió inundado de energía.

¡No estaba solo! Sus amigos no le abandonaban. Debía continuar la misión.

Al conjuro de la música un hálito vivificador envolvió al espíritu decaído, embriagándole. Y prosiguió la búsqueda — la caza de impresiones — con redoblado ardor; seguro que serían recogidas allí abajo...

¿Dónde? Recorrió con la mirada toda la bóveda celeste, tratando de localizar el punto desde donde le enviaban el cariñoso mensaje. El amistoso aliento.

Pero sus ojos no descubrieron nada; apenas creyó reconocer algunas agrupaciones de estrellas y ciertas nebulosas sobre el firmamento inmutable.

Se decidió a esperar, como le había sido ordenado, y pasó algún tiempo recorriendo las grietas de la tierra y las escarpadas montañas de aspecto desolado.

Hacia Oriente (?) un tenue resplandor fue poco a poco tomando cuerpo. Linn se dispuso a ver aparecer algo que se anunciaba como el alba, sin nubes ni neblina.

¿Sin nubes...? Pues... ¿qué eran las manchas negras que avanzaban a ras de tierra, deslizándose por entre las rocas y hundiéndose en el fondo de los cráteres?

Efectivamente eran nubes; bien nutridas, por cierto. Llegaban a su encuentro y las veía, cubriendo con negro sudario el cielo, cada vez más luminoso. No goteaban: se limitaban a arrastrarse por el suelo; Pero, a su húmedo contacto, la superficie del suelo se hinchaba monstruosamente, esponjándose y reventando en extrañas y rapidísimas germinaciones.

Unas esferas ambarinas brotaban por doquier para adquirir ci tamaño de gigantescas calabazas. Guando su corteza estaba ya terriblemente prieta se abrían y estallaban en trozos para, saltar en todas direcciones. Eran nuevas esferas que se abrían a su vez, fijándose inmediatamente en el suelo para seguir su singular y rápido crecimiento. ¡El desierto árido y seco acababa de convertirse en vergel!

Pero no era sólo en la superficie donde se de: arrollaba la extraña prolífiea vegetación. En las rocas peladas y en los farallones una especie de musgo o liquen se extendía sobre las rugosas paredes. Tomaba brío y crecía de forma maravillosa, hasta adquirir el aspecto de un verdegueante vello del que brotaban frutas en forma de racimos.

Asi apareció en breves minutos un frondoso jardín donde antes sólo existía un erial frío y hostil. Predominaba el color ambarino de las esferas, y el musgo de las rocas adquiría un precioso matiz esmeralda.

Las nubes, realizada su labor germinadora, se hablan disipado y lucía un sol parecido al nuestro, aunque aparentemente de menor tamaño. Por no tener cuerpo material. Linn no podía juzgar con exactitud su potencia calorífica.

Una forma movible, alargada, atrajo su atención. Y se encontró — llevado por la intención simplemente— al lado del más gigantesco gusano que pueda imaginarse.

Tenía el tamaño de una serpiente pitón adulta y avanzaba y retrocedía convulsivamente. Su cuerpo, sin vello alguno, parecía

hecho de un material transparente, restallante de grasa y de humores líquidos.

Poseía enormes ojos y una fortísima mandíbula, que devoraba por igual las enormes esferas del suelo y los racimos que brotaban de las rocas a su alcance. Aquel animal estaba dotado de una insaciable voracidad y a medida que comía iba cambiando de color: sustituyendo el pálido y transparente por un verde luminoso. También aumentaba su tamaño proporcionadamente.

No sólo no vio a Linn — a pesar de hallarse a su lado y no escapar detalle alguno a sus inquietantes y vigilantes ojos —, sino que varias veces avanzó, en medio de sus nerviosas convulsiones, "a través de él", pasándole por medio sin que el joven sintiese el menor choque, a no ser una especie de náusea pasajera.

Harvey se remontó entonces a lo más alto de las rocas, y desde allí observó una multitud de aquellas larvas: en todo el espacio que abarcaba estaban ocupadas en devorar con avidez los enormes frutos.

Seguía el extraño viajero contemplando el brillante conjunto cuando el sol se nubló. Al volver la vista creyó que eran nuevas nubes que se acercaban. Pero se trataba de pájaros gigantes que, después de planear un momento, se lanzaron raudos sobre los gusanos.

Con la misma rapidez éstos alzaron sus cabezas y anillos anteriores y esperaron en actitud alerta el ataque aéreo, que se desarrollaba de manera veloz.

Los picos de las aves hendían los cuerpos reptantes y los destrozaban, tragando con ansia los horrendos despojos.

Por su parte, muchos gusanos se aferraron al cuello de sus enemigos y, formando allí, un anillo vivo,apretaron sus articulaciones hasta asfixiar a las aves. Eran tantos los gusanos, que llevaron la mejor parte en la contienda: los rapaces indemnes remontaron el vuelo y las larvas volvieron a su interrumpida pitanza.

Habían quedado varias docenas de aves muertas en el espacio que abarcaba Linn, cuando observó que de algunos cráteres vecinos surgían unos tubos metálicos. Eran unas torretas bruñidas, de las que fueron avanzando larguísimos tentáculos. Sorteando cráteres y rocas, cuando uno de los cables animados llegaba a

tocar el cuerpo de un ave se enroscaba en su cuello — o en sus patas — y la arrastraba en sentido inverso hacia el cráter.

¡Y en su interior desaparecían con la facilidad de simples perdices o pavipollos!

Las máquinas arrastraban simultáneamente varias aves. Al remolcar su presa cerca de los gusanos, éstos no manifestaban animosidad ni temor hacia los cadáveres de sus enemigos. Seguían comiendo tranquilamente, tal vez habituados a aquel trasiego.

Linn advirtió que se apartaban a veces, mansamente, del camino de los cables metálicos.

Se aproximó a una de las torretas, pero no pudo observar en ella ningún ser vivo que la manipulase. Era un cilindro de metal bruñido, que penetraba hasta las insondables profundidades del cráter y en cuya extremidad superior un periscopio volteaba sin cesar hacia los cuatro puntos cardinales.

Cilindro metálico y cráter abajo vio que la torreta estaba empotrada en el fondo del embudo volcánico en una base de la misma estructura que el ingenio. Las aves atrapadas por los cables desaparecían por un agujero parecido al diafragma de una máquina fotográfica: se abría y cerraba, instantáneamente, al llegar y desaparecer la presa.

Por fin todas las aves fueron recogidas, los cables se replegaron hacia el interior y la torreta se embutió en sí misma, como los diversos tubos de un catalejo, hasta quedar reducida a su mínima expresión en el fondo del cráter.

Linn aguardó mucho tiempo hasta ver alguna nueva señal de actividad. Pero como pasase largo rato sin observar otro movimiento, salió nuevamente al exterior.

Ya estaban los frutos maduros, amarillentos y resecos. Se abrieron, mostrando en su interior semillas que cayeron al suelo y fueron arrastradas por el viento a grietas naturales. El musgo fue cambiado de color, desprendiéndose de las rocas donde estaba tan firmemente sujeto. Cualquier fragmento vegetal fue aventado hasta que volvieron a aparecer el suelo y las rocas tan peladas como horas antes.[1]

En breve la superficie del planeta volvió a tomar árido aspecto, y todo adquirió el mismo aire desolador.

Cuando los vegetales y los seres reptantes desaparecieron,

Harvey no podia intuir si hacía viento o si había vestigios de humedad en la atmósfera.

Indudablemente las noches no mostraban el menor rastro de vida. Y él tenía que intentar, para continuar sus observaciones, penetrar en los cráteres de las máquinas o en los agujeros donde se refugiaron los enormes gusanos. También podía acompañar al Sol en su carrera y permanecer siempre en la zona diurna.

Lo cual, sin saber por qué, le agradaba más que introducirse en los oscuros agujeros de los cráteres o en las madrigueras de las larvas.

Así lo hizo, observando grandes zonas desérticas, donde, a pesar de la luz, no se desarrollaba señal alguna de vegetación ni de vida animal. Eran espacios lisos, cubiertos por una coraza transparente, que al principio le parecieron enormes extensiones de agua salada, pues ni el menor movimiento agitaba su masa.

Aunque se aproximó a ellas, no pudo ver nada de su interior: el color ligeramente verdoso de la capa cristalina impedía profundizar, con la mirada, más allá de algunas yardas de la superficie.

Donde alentaba la vida, el cielo se desarrollaba de forma semejante, variando tan sólo los artificios para apoderarse de las aves muertas. En algunos sities, donde los gusanos abundan extraordinariamente, éstos eran capturados también por distintos procedimientos, vivos o muertos. Y en cualquier caso llevados al interior del planeta.

Uno de los diversos sistemas que Linn apreció para capturar las presas eran grandes bolas parecidas al cristal, con orificios repartidos regularmente en su contorno. Estas bolas rodaban hasta el cuerpo que pretendían alcanzar y, ya en su proximidad, ejercían una violenta succión con su “boca” más inmediata, quedando la presa absorbida y continuando la esfera su camino.

Así sucedía hasta acabar la colecta y después el artefacto se encaminaba hacia el cráter, por dóndese deslizaba, rodando, hasta detenerse suavemente en el fondo. Entonces, una cavidad se desplazaba, penetraba la esfera y volvía a cerrarse la compuerta, siguiendo así hasta que todos los artefactos desaparecían en el interior.

En otros sitios era un reflector giratorio el que atraía con

enorme potencia los objetos situados en su radio de acción. Debía ser tal su fuerza absorbente que hasta las piedras eran arrastradas. Al menos así le pareció a Linn, pues alrededor de aquellos aparatos no existían rocas de ninguna clase, a pesar de hallarse el terreno menos inmediato enteramente salpicado de ellas.

Cualquiera que fuese el sistema para capturar los animales, no vio ningún ser humano ni otro elemento vivo. Le pareció comprender que la atmósfera exterior del planeta era nociva, por alguna causa, para los seres subterráneos. Habían de valerse de aquellas máquinas para recoger las aves o larvas necesarias a su sustento.

Y Harvey deseó ponerse en contacto con ellos en cuanto encontrase un procedimiento asequible.

CAPÍTULO III

Se "sujetó" a una de las aves muertas, si puede constituir un asidero su firme decisión de permanecer a su lado. Y fue atraído con ella por uno de los tentáculos retráctiles parecidos a cintas de acero.

Con el ave se acercó al pozo, y con ella penetró en una oscuridad absoluta.

Luego, una zarabanda de llamas redujo a pavesas las plumas del animal, que iba siendo arrastrado a través de un enrejado en movimiento, parecido a las cintas sin fin de las fábricas.

Grandes láminas aceradas despedazaron al ave, mientras los intestinos, sangre y vísceras desaparecían por un sumidero en dirección desconocida. En otro departamento, siempre sobre la cinta metálica movediza, potentes chorros de líquido bañaron a presión los despojos. Luego fueron a parar a una cámara desecadora.

Después de una calcinación a fuego lento, que iba empequeñeciendo el volumen de las carnes, huesos y cartílagos, quedaron éstos convertidos en una pulpa desecada y reducida a polvillo pardusco.

Unas máquinas, especie de pisones o molinos bataneros, convirtieron aquella masa polvorienta — debidamente tamizada —

en esferas del tamaño y la forma de los quesos de bola. Los cuales caían, al final, por una tolva hacia un depósito ignorado.

A través de los cristales que cerraban herméticamente el recinto, salió Linn al exterior de un laboratorio. Contemplando la última fase de la trasmutación de las carnes, recién sacrificadas, en voluminosas pastillas de indudable valor nutritivo.

¿Quienes serían los seres que habían instalado aquella fábrica subterránea? ¿Por qué no salían a la superficie o se mostraban en el interior de aquella cueva, junto a las máquinas perfectamente cronometradas?

Se encontraba en una habitación de paredes limpias y pulimentadas, junto a instrumentos que realizaban su labor de manera continua. Incluso debían lubrificarse y parar automáticamente cuando los signos dé vida desapareciesen afuera durante las largas y estériles noches.

No sabía Linn cómo salir de allí, ni donde dirigirse, pues no podía atravesar las paredes y cuerpos opacos. Y se disponía a recorrer el anterior camino en sentido inverso cuando un panel en la pared se descorrió lateralmente y se encontró frente a un ser horroroso.

Era como una esfera de cristal blanco —o mejor aún de una gelatina sólida—, de unas dos yardas de diámetro. Estaba rodeada en sentido horizontal de largos tentáculos, agrupados en apretados haces laterales. Tendría en ambos lados cerca de una veintena de aquellos filamentos de un grosor uniforme, algunos sujetos a un extraño aparato locomotor, y otros cayendo fláccidos y oscilando en el aire para mantener una precaria estabilidad.

Aquel ser-esfera — así se denominará en adelante — parecía son sus brazos un raro calamar. Se desplazaba sobre un artificio mecánico, una sencilla maquinaria en cuya parte inferior, en contacto con el suelo, giraba una rueda elástica.

Cuando se detenía, los tentáculos que no manipulaban el mecanismo se desplegaban hasta el suelo, como el varillaje de un paraguas, sosteniendo el conjunto en equilibrio. Una especie de caperuza, que sobresalía un poco del casquete superior, giraba hacia los lados como un enorme ojo. Los serpenteantes brazos o patas tocaban aquí y allá las máquinas, y lo revisaban todo con eficiente rapidez.

Cuando Linn comprendió que aquel ser — mixto de cosa inteligente y máquina inanimada — se disponía a retirarse, se precipitó por el orificio que había descubierto en la pared, y se encontró en una espaciosa galería.

A poco, el ser-esfera se le adelantó, marchando a toda velocidad en su vehículo. Extendidos los “brazos” y manteniéndose alejado de las paredes laterales. Linn lo siguió sin esfuerzo alguno, cruzándose de vez en cuando con otros seres como aquél.

Cuando dos de ellos caminaban en dirección opuesta, disminuían su velocísima marcha y, al pasar uno al lado del otro, establecían efímero contacto con sus órganos sensitivos. Luego volvían a acelerar y continuaban.su ruta.

Llegaron así el ser-esfera y Harvey a una gran habitación donde el extraño conductor detuvo su aparato junto a otros varios que había aparcados en orden.

Abandonó la rueda y valiéndose de los tentáculos emprendió una lenta y trabajosa marcha.

Parecía uno de esos escarabajos que caminanperezosamente al sol, y era curioso ver cómo aquellos endebles filamentos sujetaban la gran esfera gelatinosa, que debía constituir a la vez el cuerpo y el cerebro.

El engendro se situó en un grueso cable —suspendido a regular distancia del suelo, de pared a pared—, junto a otro más delgado que corría paralelo al primero. Quedó colgado cabeza abajo; inmóvil, como descansando.

Varios de aquellos seres-esfera se hallaban allí, en la misma actitud, y otros llegaron posteriormente. Abandonando sus vehículos y sujetándose del cable grueso con la misma aparente dificultad.

Cuando hubo muchos de aquellos seres suspendidos— a la manera de melones de cuelga — asieron con algunos de sus tentáculos el delgado alambre que estaba delante de ellos y se entregaron a una singular pantomima.

Uno cualquiera agitaba — mediante pequeños tirones— el hilo metálico; sometiéndolo a una serie de oscilaciones rítmicas, mientras los demás parecían esperar. Cuando terminó sus movimientos, otro los inició y los demás permanecieron quietos, asidos al alambre.

Linn comprendió que, por aquel procedimiento, los seres se comunicaban impresiones y mensajes. Entonces se colocó sobre el alambre parlante y, aunque no sintió nada, observó que en el acto los extraños individuos paralizaron sus movimientos. Si aquello era una antena receptora era indudable que Harvey— a pesar de su incorporeidad—, resultaba un molesto "parásito".

Se retiró de allí, y todos los demás —a una — volvieron a comunicarse entre sí. Aquella vez juntos y con muestras de agitación. Linn repitió el juego y todos los tentáculos quedaron detenidos,

¡No así los cuerpos que los sustentaban!

Se bajaron del grueso sostén aéreo, se encaminaron lentamente a sus aparatos mecánicos y salieron como bólidos en distintas direcciones.

Por un momento tuvo Harvey intención de seguir a cualquiera de aquellos seres. Pero lo pensó mejor y permaneció quieto, aguardando los acontecimientos que preveía.

No tuvo que esperar mucho; de todos los rincones de la amplia estancia surgieron docenas y cientos de "motoristas" que, sin ninguna vacilación, dejaron sus aparatos y se suspendieron del grueso cable. En un momento se halló éste repleto dé relucientes esferas, y las que no pudieron acomodarse permanecieron en sus artefactos, elevando uno de sus tentáculos hasta tocar el cable transmisor.

Era indudable que éste era un elemento de gran utilidad para ellos.

Entonces Linn volvió a colocarse sobre él. Percibió aquella vez una sutil descarga, como la muda apelación de los seres-esfera. Un lamento, una súplica inaudible; una especie de sentimiento místico o religioso.

Indudablemente un principio de comunicación se verificaba entre aquellos habitantes del planeta y el descarriado intruso del otro mundo.

Durante varias horas, diversos elementos de comunicación fueron aportados. Un espejo metálico, en el que Linn no consiguió reflejarse; un recipiente con un liquido ambarino, cuya superficie no pudo agitary un pebetero cuyas volutas de humo ascendieron rectas hacia el techo, a. pesar de los sucesivos pases del joven a su

través.

Tan sólo en el alambre — cuando lo tocaban la mayoría de los seres— pudo plasmar y percibir una sensación viva, que debió ser captada también por la asamblea, ya que dieron palmarias pruebas de sensibilidad, deteniéndose cuando Linn se posaba allí.

Al fin llevaron una especie de carricoche, formado por una plataforma con ruedas sobre la que había una caja de cristal. Varios de aquellos seres se colocaron alrededor de la misma, señalando con sus tentáculos el interior.

Era una invitación, y tan evidente, que Linn no supo resistir.

Se puso en la caja y alrededor de ella fue instalado un nuevo cable transmisor, dándole innumerables vueltas y agarrándose a él cuantos seres pudieron.

El extremo lo conectaron al otro —al que atravesaba la habitación de parte a parte—, donde se asieron los demás seres-esfera. Harvey notó la misma impresión, y ellos debieron sentirla también por cuanto se apresuraron a cerrar la tapa de cristal de la caja. Desconectando el cable, transportaron al "prisionero" a través de extensas galerías.

Cuando aquellos seres se encontraban con algún semejante suyo, que sin duda ignoraba el objeto de aquella extraña cabalgata, uno de los acompañantes de Linn le tocaba con sus tentáculos. Inmediatamente el recién llegado engrosaba le comitiva.

Así recorrieron una regular distancia, para detenerse junto a una puerta que se abría a una estancia grandiosa.

Dos de los "captores" alzaron la caja de cristal y la trasladaron al interior, mientras decenas de seres-esfera establecían una red de tentáculos con los del exterior, para comunicar sus impresiones.

Ei salón donde el viajero había sido introducido se hallaba en semipenumbra. Linn pudo observar, sobre una tarima central, una blanca piedra bruñida. Y encima de ella un gran almohadón, al que cubría parcialmente una urna de lechosa superficie.

Delante de la urna fue colocado el cautivo. Mejor dicho, fue colocada la caja de cristal, pues el joven hacía tiempo que había salido de ella a través de sus paredes. Los seres-esfera avanzaron y, con su dificultad característica, levantaron la urna, permitiendo así ver su interior.

Debajo de aquella cubierta protectora había otro ser esférico, de color ambarino, cuyo ojo, de enorme tamaño, despedía un fulgor rojizo y una gran potencia hipnótica.

Aquel ser observó la caja con toda atención y, aunque no llegó a vislumbrar a Linn, éste comprendió que hizo un tremendo esfuerzo de concentración. Tan grande, que consiguió comunicarse con el joven por medio de la telepatía, el lenguaje universal común a todos los seres.

—¿Quién eres y de dónde vienes? — le preguntó.

—Soy un ser de la Tierra, un planeta distante — respondió Linn, mentalmente.

Hubo una pausa tal, que creyó haber perdido el “contacto”.

—¿No tienes cuerpo? — volvió a sentir.

—Lo he dejado en mi mundo — contestó el periodista, muy serio —. He venido en espíritu.

—¿Puedes desplazarte voluntariamente — siguió investigando el cerebro máximo.

—Sí. Y puedo ir donde haya luz, y deslizarme a través de los cuerpos transparentes.

—¿No tienes intenciones hostiles? — fue la pregunta subsiguiente, que denunciaba al estadista sin duda alguna.

—Solamente deseo estudiar vuestra vida — contestó Linn, en el acto.

—¿Cómo has penetrado en el interior de nuestro mundo?

—A lo largo de las máquinas desecadoras, junto a un ave capturada.

Otra pausa de asimilación.

—¿Con qué objeto? — dijo el cerebro ambarino.

—Por simple curiosidad...

—¿Puedes salir de la urna de cristal? — percibió Linn.

—¡Estoy fuera de ella!

—¿Qué forma tienes?

- ¡Ninguna! Soy coma una pequeña porción de aire, aunque creo que tengo el tamaño de mi cuerpo.
- ¡Sin embargo, piensas y puedes desplazarte! ¿Qué sensaciones has percibido en el exterior?

—Físicamente ninguna; pero presiento que debe hacer viento y frío — contestó Harvey.

- ¡Mucho! Nuestros cuerpos, encerrados durante generaciones en los subterráneos, se han ido debilitando paulatinamente. Y afuera el clima se vuelve cada vez más inhospitalario. Temblamos al pensar que lleguen a agotarse las aves y los frutos.

—Me figuro que dispondréis de reservas alimenticias — preguntó Linn, tontamente.

—Sí: tenemos almacenados víveres para unos meses. Pero... ¿y después?

—-¡Podéis fabricarlos químicamente!—se atrevió a sugerir el forastero.

—Ya lo sabemos también; pero no bastan los alimentos sintéticos para nutrirnos. Precisamos otros de origen animal y vegetal. De estos últimos conseguimos, hasta ahora, escasa cantidad; y tememos que los animales se pongan fuera de nuestro radio de acción. Los vegetales más nutritivos son los racimos que produce el musgo de las rocas, y no podemos alcanzarlos con las torretas.

—¿Y no podéis salir al exterior?

Linn sintió una impresión de ansiedad antes que la respuesta:

—¡Ah! ¡Si pudiéramos hacerlo y cultivar plantas y animales domésticos...—“oyó”—. Pero el frío nos mantiene aislados bajo tierra y vamos languideciendo; cada vez somos más sensibles a la intemperie.

—¿No hay posibilidad de conseguir víveres de otra forma? —siguió preguntando el viajero terrestre.

—Sabemos que en otros lugares del planeta existen canteras inagotables de monstruos — de las más variadas formas—, con uno solo de los cuales podríamos subsistir mucho tiempo. De hacer galerías en las rocas transcurrirían eternidades antes que pudiéramos capturar alguno; además, el contacto del frío exterior nos fulminaría en el acto. Estamos en guerra permanente con nuestros vecinos por causa de la escasez de las aves.

Harvey se quedó, momentáneamente, asombrado.

—¿Cómo lucháis contra otros, si no podéis salir afuera? —preguntó.

—No se trata de una lucha cuerpo a cuerpo. Nuestros enemigos han ideado un procedimiento para regar sus tierras, y en ellas la vegetación se desarrolla más atractiva para las larvas. Esto hace que proliferen en mayor abundancia, y que las aves acudan con preferencia a cebarse en sus dominios. Esta es nuestra guerra: una incruenta lucha de economía dirigida; una carrera a favor del hambre ajena.

Extrañó a Linn el aparente cautiverio de su interlocutor, y quiso saciar su curiosidad.

—¿Por qué te hallas encerrado en esa campana de cristal? —preguntó.

—Para concentrarme más y mejor, en la solución ce nuestros problemas. Soy el rector de los míos y me recluyo en su provecho...

—¿Hay otras clases de habitantes en este planeta. que difieran físicamente de vosotros?

—No lo sé; sólo puedo hablarte de la tradición. Creo que, en la superficie, hay seres que están superdotados por la Naturaleza. Y, aunque en estado semisalvaje, pueden resistir mejor que nosotros el frío glacial. Además, existen los monstruos y los animales que ya conoces. Y debajo de nuestro pueblo, a profundidades cuyo calor no podemos sufrir, hay unos seres ígneos. Pero todo esto son leyendas, cuya veracidad no te garantizo. Lo único positivo es que cebemos cazar y domesticar a los monstruos, o prepararnos a morir.

De pronto Linn se sintió súbdito de aquel sufrido monarca.

—¿Puedo visitar tu reino? — preguntó.

—¿Y quién podría impedírtelo? — le contestó el monarca, con bastante lógica —. A menos que tuvieras cuerpo, o extendiéramos tupidas redes sensitivas, tus andanzas permanecerían incontroladas. Por consiguiente, para que lo conozcas todo de forma ordenada, iré contigo y visitaremos juntos mis dominios. Así no perderemos el contacto y podré contestar a todas tus preguntas.

El interlocutor de Harvey dio una orden telepática y, en el acto, los instalaron en el vehículo carroza. El rey comunicó a los suyos:

— ¡Oídme, pueblo! Un ser incorpóreo ha venido de otro mundo, a visitarnos. Sus intenciones son pacíficas, y se ha puesto en contacto mental conmigo. Vamos a girar una inspección a nuestras posesiones: que todos ocupen sus puestos y realicen los trabajos habituales. ¡En marcha!

Salieron a la galería, única arteria de aquel poblado subterráneo, a cuyos lados se abrían las puertas de todas las dependencias. Conforme iban pasando a través de ellas, admiraba Linn la maravillosa organización y el orden que imperaba en los menores detalles.

Era como un hormiguero, donde no faltaba lo indispensable y lo superfluo había sido suprimido desde lejanos tiempos.

Su acompañante le explicaba, mentalmente, las distintas aplicaciones de los enseres y maquinarias delante de las cuales pasaban.

—Ya que conoces el camino del exterior, prescindiremos de su visita —. Hay seis grandes torres aprehensoras, y todas ellas depositan sus presas en la cinta que hace pasar los animales a través de distintosmecanismos, hasta su almacenaje. No hemos podido extendernos más hacia el exterior por la conformación de la superficie y las enormes masas de rocas que nos lo impiden. Sólo hay una serie de máquinas desmenuzadoras y desecadoras, pero son prácticamente indestructibles. ¡Por ese lado no hay problema! Ahora cruzaremos los almacenes.

En un gran salón se apilaban armarios y depósitos transparentes, dentro de los cuales los comprimidos eran distribuidos directamente desde la tolva.

—Este es el depósito de carnes —explicó el rey—. De aquí tomamos la ración mínima diaria para nuestros sustento. Unido a los productos químicos, este almacén nos garantiza la subsistencia para varios meses. Podríamos comer también algunos vegetales, pero ya te he dicho que existen dificultades insuperables para alcanzarlos. Cuando por azar podemos proveernos de algunos, los reservamos para sobrealimentar a los débiles y a los enfermos.

Hacía tiempo que rondaba a Linn una idea y, al fin, se decidió a exteriorizarla:

—¿Por qué no reducir el número de vuestros habitantes? A menor cantidad de seres vivos, a menor consumo, mayores

reservas.

—La vida de mis súbditos—contestó su interlocutor—, es sagrada. Antes de eliminar violentamente a uno solo de ellos, preferiríamos morir todos de consunción. Tampoco podemos reducirnos: somos los indispensables para atender a nuestro trabajo. En cierta ocasión hubo una grave epidemia, debida a que las aves habían comido larvas putrefactas, y pasó mucho tiempo hasta poder estabilizar nuestras tareas con los supervivientes.

Habían abandonado el almacén de víveres y pasaron a una sala inmediata. Allí se esterilizaban por segunda vez los alimentos. Multitud de seres-esfera examinaban uno por uno los comprimidos, rociándolos con un líquido y barnizándolos después con una cubierta aislante. De vez en cuando separaban algunos, en cuya superficie se observaban pequeñas eflorescencias.

— ¡Lástima de alimentos que han de tirarse! — dijo el-rey—. Pero, de no hacerse así, propagarían la contaminación. Pasemos a otra sala.

Linn vio grandes laboratorios, donde se preparaban los productos químicos, y líquidos para aumentar la vitalidad y suprimir el cansancio o la depresión. Comedores, hospitales, talleres mecánicos en que se fabricaban y reparaban los vehículos locomotores, polvorines, salas de experimentación y de ensayo.

Por último pasaron a través de una gigantesca sala cuya techumbre, altísima, se perdía de vista en lo alto.

—¿Cómo se halla esta habitación desocupada? — preguntó Linn.

—Es la cámara de regeneración del aire. Un aparato, adaptado al exterior, regula automáticamente la salida del viciado y los gases que se producen en los laboratorios y talleres. Hay también un sistema de calefacción, aprovechando el fuego de ese pozo central, que nos permite mantener el clima a una temperatura constante. Durante la noche y en la estación invernal, las mismas torretas se gradúan por medio de aparatos extremadamente sensibles. Cuando el calor es exagerado, se cierran los obturadores del fuego y abrimos los de la cumbre volcánica. De esta forma tenemos asegurado un ambiente uniforme, cualquiera que sea la temperatura exterior.

—¿Por dónde se sale a la superficie? — preguntó Harvey,

pensando en el modo de marchar de allí, lo antes posible.

—¡Sólo através de losdiafragmas de los pozoscaptores! —la contestó elrey—. Pero no conservamos memoria de que nadie haya, salido al exterior y vuelto. Aun en pleno día, el aire es tan frío que instantáneamente nos aniquila. Los seres más fuertesson losque dirigen elmecanismo de lastorretas. Y sus jornadas, de corta duración, son casi un castigo. El frío penetra las cuádruples paredes y muchos han resultado muertos durante el servicio. Otros han quedado insensibles y hemos tenido que sobrealimentarlos para conservar su vida.

El monarca hizo una larga pausa, y añadió:

—¡Bien! Yaconoces todo. ¿Puedes, a la vista de nuestro problema, sugerirnos alguna idea?

—Tengo varias, pero quiero meditar sobre ellas — contestó Linn —. Voy a volver al taller de mecánica, que es el que más me interesa. ¡Lástima que no pueda comunicarme directamente con tus técnicos, para tratar de dar forma a mis proyectos!

La carroza que conducía al rey y a su extraño huésped invisible, se puso en marcha.

— ¡Quédate en él, pues! —dijo el monarca, al llegar a los talleres—. Indicaré a los míos que hagan sus trabajos de forma ostensible — puesto que vas avigilarlos —, para que te percates de nuestra manera de operar. Daréorden para quetiendan un cordón “sensitivo” a tu alcance, y por él puedes comunicarme tus ideas. Yo las transmitiré, para que sean obedecidas en el acto.

Harvey pensó que su deseo de marchar de allí no habría sido captado; pero nada escapaba a la aguda sensibilidad del rey. Acaso su intuición era potentísima. Lo cierto es que dijo, al retirarse:

—Si deseas salir al exterior y recorrer otros países, dímelo para que de día y de noche — durante tu ausencia— una torreta se halle izada con un potente reflector en su centro. Un cable transmisor saldrá del orificio del diafragma, para que nos comuniques tu regreso. Ahora, que tu mente te ilumine y puedas seguir ayudándonos. Yo voy a retirarme a reflexionar.

Y se alejó hacia su cámara, transportado por varios de los suyos, aquel ser cuyo talento sólo se dedicaba— ¡ejemplo para los terráqueos! —al exclusivo provecho de su pueblo.

CAPÍTULO IV

Linn pasó horas y días enteros, no podía saber cuántos, en aquellos subterráneos alumbrados siempre per luz artificial.

Rodeado por los activos seres-esfera — idénticos, sin ningún signo exterior que le permitiera distinguirlos —, obedecían sus sugerencias, y desarrollaban instantáneamente una labor tendente a su deseo.

Órdenes de tipo mecánico o científicas — nacidas de quién sabe qué repliegues de la subconsciencia del periodista — eran verificadas con maravillosa precisión. y poco a poco iban tomando cuerpo sus pensamientos.

Así fue construyéndose un vehículo, provisto de un sistema locomotor a base de ruedas con "rodilla" y una fuerte cubierta cristalina. A los lados fueron adaptadas cintas aprehensoras, semejantes a las de las torretas. Los mandos eran controlados por un aparato, dotado de lámparas electrónicas de captación ultrasensitiva. Un acumulador eléctrico irradiaba un calor fortísimo entre las dobles paredes de la transparente carrocería y alimentaba a la vez faros y motor.

(Según la idea de Linn, aquel vehículo permitiría a los seres-esfera salir al exterior y recoger,en grandes redes metálicas, losfrutos que crecían en las rocas. Permitiéndoles acumular reservas alimenticias, podrían además, valiéndose del coche, construir grandes cercados, entre altísimas montañas, donde poder aislar los monstruos que resistían el clima. Y facilitar su reproducción en un relativo cautiverio.

Linn tenía una serie de ideas confusas de lo quo se proponía realizar. Sin embargo, cuando enfocaba los detalles de fabricación de algún aparato o dispositivo, los datos concretos surgían de su interior con una meticulosidad maravillosa.

¡Como si estuviera leyendo un libro de la más depurada técnica!

Sus pensamientos eran transmitidos y realizados con la más escrupulosa fidelidad. Veía crecer y desarrollarse al momento la obra sugerida, y aún los materiales y herramientas adecuados para confeccionarla.

inmediatamente que estuvo terminado el vehículo fue conducido a un delgado tabique interior, y trazado el boquete que permitiría el paso del aparato. Cuando estaba casi terminado el orificio, se alzó detrás una puerta blindada que taponaría la salida, formando una especie de compartimiento estanco.

Jamás se construyó una puerta antes de estar realizado el hueco exterior; pero la enorme frigidez del ambiente y la extraordinaria sensibilidad de aquellos seres lo aconsejaban.

La puerta se cerró herméticamente a espaldas de Linn, del rey y de tres seres más, que fueron aislados del resto del pueblo.

Se colocaron en el interior del vehículo y, observando por el sondeo que ya sólo unas pulgadas los separaban del exterior, empujaron con los grandes topes delanteros de la máquina móvil.

El resto de paramento se desmoronó, dejando abierto el camino.

Pasaron entre escombros al aire libre, y la primera labor fue dejar apartar las rocas con las cintas aprehensoras, y elevar la temperatura interior del vehículo.

A las calorías necesarias para aquellos seres, el ambiente formaba gruesas burbujas de condensación, por lo que se puso en funcionamiento un dispositivo que inundaba de grasa la estructura cristalina del coche, permitiendo una buena visibilidad.

A pesar de las alternativas de temperatura que sintieron al principio los seres-esfera, trabajaban con extraordinaria actividad, ayudados y secundados por su rey, que trabajaba como uno de tantos. Manipularon hábilmente los mandos y avanzaron, en pleno día, a través de una rica vegetación.

Durante la jornada se recogieron con los tentáculos mecánicos toda clase de frutos de musgo, que se alzaban con profusión entre las rocas. Se llenaron repetidas veces las grandes redes metálicas que el vehículo arrastraba, penetrando a través de la puerta blindada y depositando en el suelo su contenido.

Al cuarto viaje, apenas pudieron recoger sino unos cuántos frutos resecos. Porque ya el día declinaba, y el viento había arrebatado los restos vegetales.

De todas formas, el abastecimiento para el pueblo subterráneo estaba asegurado, y el temor del hambre se alejaba de sus espíritus.

Linn fue invitado por el rey a una extraña ceremonia. Le acompañó al gran salón circular en cuyo centro solía dormitar, entregado a sus reflexiones. A su lado, sobre la amplia tarima de piedra pulimentada. estaba la caja de cristal símbolo de la presencia del terráqueo.

Todo el pueblo se hallaba congregado alrededor de su rey, y tendían sus tentáculos en dirección a la caja, oscilándolos suavemente en el aire. El joven sintió las palabras del rey, transmitidas sensorialmente a los suyos:

—¡Extranjero! Mi pueblo y yo te damos las gracias. Con tu ayuda hemos conseguido una máquina a la que seguirán otras en breve. De ahora en adelante subsistiremos sin el apremio y la angustia de un porvenir dudoso. Los grandes recintos en que puedan encerrarse los monstruos, que nos servirán de reserva viva, se terminarán a toda prisa. No obstante, aunque esta segunda empresa tuya no diera resultado, nos hemos reunido aquí para testimoniarte nuestra gratitud. Una vez — cada diez giros de nuestro mundo — nos congregaremos en esta misma forma, para admirar y bendecir tu inventiva. Te consideramos uno de los nuestros y sentimos que no tengas cuerpo material para manifestarte de forma más tangible nuestra devoción.

Al terminar su discurso, todos los tentáculos de los seres-esfera se alzaron hacia el techo del salón, mientras Linn “sentía” un clamor unánime de aquiescencia. Después, ordenadamente, los súbditos fueron retirándose, quedando solos el rey y su amigo.

—Hermano — le dijo éste—:¿cómopodremoscontinuar nuestra labor? Ignoro el sitio donde habitan los monstruos, la forma de reducirlos a esclavitud y aun de transportarlos aquí. Desearía proporcionarte distracciones, e incluso acompañarte a las capas inferiores del planeta, donde se cree que habitan los seres del fuego; pero mi débil envoltura no me lo permite... ¿Qué haremos?

—Yo también quisiera — le contestó Harvey —disponer de una envoltura material y poder sentir las sensaciones físicas. Pero ello me resulta imposible, de momento. Sé que en mi planeta hombres de ciencia se afanan por resolver los problemas que hasta ahora tenemos planteados. Confiemos en ellos y esperemos, pues. Mientras tanto, seguid, vuestra vida normal. Yo vuelvo al exterior, y trataré de localizar el lugar donde habitan los monstruos y

estudiar la manera de capturarlos. Cuando sepa algo positivo vendré a comunicároslo.

—¿Y si te sucediera algún percance? — preguntó el rey, con verdadera emoción.

—Es un riesgo que estoy decidido a correr; el peligro y las aventuras me atraen con más fuerza que el bienestar y las comodidades.

Uno de los tentáculos reales se apoyó en la caja. ¡Era un saludo cordial y silencioso!

—Jamás nos consolaremos de tu ausencia, extranjero — continuó el monarca —. Mientras te halles lejos de nosotros, estudiaremos la posibilidad de mejorar nuestro sistema de comunicación. De todas formas conviene que antes de abandonarnos convengamos un medio para reconocerte. Puedes encontrar alguna forma de hacerte visible — sugirió — y desearía que, cualquiera que ésta fuese, te identificásemos al llegar a nosotros.

Linn admiró la previsión real y, después de reflexionar unos momentos, dijo:

—Si vengo animando cualquier envoltura carnal o artificio mecánico, sea el que sea, avanzaré en actitud pacífica hasta la torreta que ha de permanecer sin replegarse, alumbrando de noche con un faro. Os haré señales amistosas y después me dirigiré a la puerta recién instalada. Entraré y permaneceré en la habitación donde se recogen los frutos hasta que la temperatura se haya estabilizado. Después abriréis la segunda puerta y estaré entre vosotros.

Así se convino y aquel mismo día, al amanecer, Linn se despidió del rey y de sus amigos, lanzándose al exterior, lleno de redoblado afán.

Ya no era simple curiosidad lo que le ligaba al planeta. Ahora tenía amigos en él y una misión que cumplir en su provecho.

El sol alumbraba plácidamente y la vegetación se iniciaba. Harvey se remontó en el aire, con ánimo de observar la inevitable llegada de las rapaces y salir a su encuentro.

Quería localizar su origen y estudiar sus costumbres.

Al fin pudo verlas llegar a él desde lo alto de una elevada montaña. Se cruzó con ellas en pleno vuelo y, durante unos

segundos —al pasar el gigantesco alud—, se desorientó. Sintió la sensación de angustia que experimentaba cuando un ser vivo pasaba “a través” de él.

Las aves se dispersaron en busca de presa, y Linn se dirigió a la montaña donde tenían su cubil.

Era una escarpada roca, con un orificio de entrada y un gran alero sobre él mismo. Las aves salían del interior en forma intermitente y, cuando el borde exterior de la roca estaba cubierto materialmente de ellas, emprendían el vuelo a sus lugares habituales de caza. Siempre hacia la parte bañada por el sol.

Bandos y bandos se sucedían de forma interminable, como si brotaran de un infinito avispero. Linn se coló al interior y vio, a la escasa luz que penetraba de fuera, que la montaña estaba completamente hueca. En su núcleo, incontables galerías circulares cobijaban a gran número de aves, ocupadas en la tarea de incubar o dar calor a sus polluelos Éstos eran muy grandes y picaban inclementes a sus madres.

Al cabo de un rato de observación vio llegar a los padres, que se aprestaron a vaciar el contenido de sus buches en las fauces hambrientas. Luego salían de nuevo a por su habitual provisión de gusanos y, al fin del día, observó el joven algo que le hizo horrorizarse.

Algunas hembras que no habían sido alimentadas — sin duda porque el macho había muerto víctima de las larvas —, se revolvía furiosa contra los polluelos, devorando a los más atrasados o escuálidos. Y manteniéndose, ellas y el resto de la progenie, con los palpitantes despojos de las crías sacrificadas de esta forma.

Advirtió también el rápido crecimiento de los pollos supervivientes, que en pocas horas adquirían enorme talla. Admiró el maravilloso ciclo de aquel mundo que, con su fantástico desarrollo vegetal y animal, compensaba la paupérrima vida de todos sus seres.

En el interior de la montaña no debía existir el frío.Por una parte estaba el insignificante orificio de la salida, y de otra, el calor producido por la transpiración de tantas aves, que debían mantener un clima templado. Linn se felicitó de no tener olfato, pues el hedor de los excrementos debía hacer aquellugar irrespirable, como un laboratorio destinado a producir sulfuro de

carbono.

Satisfecha su curiosidad se alejó de la montaña, refugio de las aves carniceras. Debían existir varios nidos como aquél porque vio, al cerrarse la noche, que otros bandos de aves iban a reposar en cumbres distintas a la que él acababa de abandonar.

Merodeó por el planeta sin observar nuevas perspectivas de vida. Donde hacia sol y medraba la vegetación, la lucha por la supervivencia se mantenía incansable. Y donde estaban los parajes sumidos en la penumbra nocturna, sólo piedras y rocas mostraban su desoladora desnudez.

Entonces se dirigió hacia el arco luminoso que bordeaba el planeta, masa semigaseosa que se desligaba del astro a regular distancia. Viendo que aquel torbellino giratorio no denunciaba la menor señal de habitabilidad, volvió de nuevo al planeta y a las regiones bañadas por el sol.

Su vista se sintió atraída por unos manchones inmóviles, que despedían suave fulgor sobre la superficie salpicada de rocas. Habría tres o cuatro de ellos, y al aproximarse comprendió que eran seres vivos. Seguramente una variedad de aquellos monstruos de que hablaba la tradición de los seres-esfera.

Hallábanse en un sopor inmóvil, recibiendo los rayos del sol plácidamente. Tendrían cerca de un centenar de pedúnculos o ramificaciones, que se agitaban de vez en cuando en dirección al centro del cuerpo. Linn se aproximó a uno de aquellos tremendos monstruos — de más de cien yardas de diámetro—, y que debía pesar cientos de toneladas. Lo observó cuidadosamente.

Las ramificaciones que se movían lo hacían al alcanzar las frutas que cubrían la superficie, y que cogían con sus extremos prensiles para llevarlas a un orificio central, que hacía las veces de boca de aquel extraño cuerpo.

Aquella cavidad masticaba y deglutía sin cesar, servida por docenas de brazos. Cuando terminaba su yantar, se desplazaba con bruscas sacudidas, e iba a colocarse en otro sitio mejor surtido.

Allí reposaba nuevamente, si puede llamarse reposo aquella comida inacabable. No había rastro de larvas en las inmediaciones de la terrorífica medusa.

El monstruo se reproducía asexualmente, brotando de sus extremidades nuevos seres, que crecían hasta adquirir un tamaño

adecuado. Se separaban después, espontáneamente, mediante una brusca contracción.

Si Linn podía capturar algunos pequeños individuos, y transportarlos al lugar adecuado, sus amigos tendrían resuelto el problema alimenticio definitivamente.

Pero desestimaba la fiereza de aquel monstruo, porque lo veía tendido apaciblemente y dedicado a una función meramente nutritiva. No tardó en convencerse de que no era tan fácil el acceso al mismo.

Como Invisible e inocuo que era, Linn podía acercarse impunemente al coloso, pero pronto le vio dar señales de intensa ferocidad.

Un descomunal erizo, con evidentes intenciones agresivas, avanzaba con sus púas erizadas como un gigantesco alfiletero. La medusa seguía extendida en el suelo, paro ciertos movimientos de sus extremidades dieron a entender que no ignoraba la presencia del adversario.

Éste avanzó hasta ponerse a su alcance y, en un momento dado, los innumerables brazos se cerraron en torno al erizo. Sin apretar, no obstante, para no desgarrarse a sí mismo con las afiladas púas. Era como una garra colosal sobre el atacante, buscando con sus extremidades la parte libre de pinchos y tratando de desgarrarle.

El erizo, fiando en sus naturales defensas, no permanecía inactivo. Mordía y destrozaba, con sus patas de aceradas uñas, la parte central de su enemigo donde residían los órganos vitales.

Irritada por el dolor, la medusa olvidó toda prudencia y, enardecida hasta el paroxismo, apretó sus brazos que fueron atravesados por las puntas córneas.

Ambos contendientes rodaron como una pelota. Al final, gracias a un titánico esfuerzo, el erizo quedó descuartizado, exánime, entre los sangrientos despojos de su antagonista. Los restos de los dos quedaron palpitando hasta que desapareció de ellos el último signo de vida.

Como si aquello hubiera sido una señal, una nube de pequeños bípedos surgió de entre las rocas hacia los dos monstruos moribundos. Portando en sus brazos afilados instrumentos.

Con la velocidad de un ejército de hormigas se lanzaron sobre

aquellos despojos, y en breves minutos descuartizaron a los monstruos. Llevándose pequeños trozos a la oquedad de donde habían salido.

Allí, en confusa mezcolanza, se pusieron a devorar la carne palpitante aún. Dando saltos para manífestarsu alegría, o acaso paratemplarsus miembros entumecidos.

Después de comer taparon con los restos del banquete la entrada de la caverna, y se agruparon unos junto a otros. El más fornido de todos montó guardia junto a la entrada, vigilando el exterior.

Eran muy parecidos a seres humanos; cubiertos de frondisimo vello y con una cabeza grande, de enorme mandíbula. Una crespa melena les daba aire leonino, y su amplia frente revelaba cierta inteligencia. No tenían rabo y Linn extrañó que, a pesar de las armas forjadas en su poder, no encendieran fuego en la caverna.

Después supo que aquellas armas las habían arrebatado a otros seres, más civilizados y de su misma raza en una emboscada anterior. Y las conservaban sin saber afilarlas ni limpiarlas.

El incorpóreo permaneció entre ellos toda la noche, observando sus frecuentes pendencias, que no cesaban un momento.

Cuando unode los salvajes —situado en la parte exterior del montón yacente —, sentía la mordeduradel frio, agarraba sin miramientos a los otros durmientes y los sacaba fuera para ocupar su puesto, mucho más cálido, mientras los desposeídos se entregaban a terribles peleas.

No utilizaban, sin embargo, las armas quepermanecían a su alcance. Por ello comprendió Linn queaquellas escaramuzas no eran sino una forma deluchar contra el frío, y resistirlo.

El centinela, por su parte, daba enormes saltos para entrar en reacción, tirando grandesbocados alas provisiones que guardaba. Era, sin duda, su prerrogativa como guardián; el premio a su labor vigilante.

Harvey miraba con simpatía a los bípedos, que tanto puede el sentimiento de sociabilidad en quien se halla aislado de los suyos por un espacio incalculable.

Era evidente que había machos y hembras, todos hacinados en confuso revoltijo. Y aún pudo divisar en una cavidad de la roca y

tras el bullente montón de seres, varias docenas de pequeñuelos.

Salió el sol, y los pobladores de la caverna desperezándose y salieron al exterior, hacia la luz y el calor. Se dedicaron a trepar por las rocas, para alcanzar los frutos vegetales. Algunas crías de mayor tamaño se aventuraron, también, a pocos pasos de la entrada. Mientras, los más pequeñuelos, quedaron bullendo jubilosamente, semicubiertos los unos por los otros.

Llamó la atención de Linn la inmovilidad de un varoncito, que permanecía absolutamente inerte entre los más pequeños. Pensando que estaría enfermo se acercó a examinarlo, y en el acto comprendió la causa de su quietud.

¡Se había quedado sin vida!, ahogado entre la turbamulta de gorilas e incapaz de moverse bajo ellos; mal protegido por la oquedad en donde los pequeños se agitaban a sus anchas.

Era un hermoso ejemplar, de regulares proporciones e incipiente vello, cuyos miembros no habían adquirido aún la característica rigidez de la muerte.

Linn contemplaba compasivamente aquel cuerpo donde no le hubiera importado habitar —era, al fin y al cabo, lo más parecido que había visto a un serhumano—, cuando sintió una penosa impresión. Algo así como un adormecimiento doloroso.

Y se sintió fluir hacia el interior de aquel ser, entrándosele por boca y narices como el que se ve absorbido por un furioso remolino.

La misma sensación de angustia y movimiento circular fue anonadándole hasta que — haciendo un violento esfuerzo — abrió los ojos y se encontró embutido dentro de aquel cuerpo.

Percibiendo, en el acto, toda clase de sensaciones físicas.

CAPÍTULO V

Se hallaba aturdido. Su garganta moduló una serie de gruñidos entrecortados y se dirigió, tambaleándose, hacia la puerta.

Los pequeños estaban allí, le impedían el paso y hubo de empujarlos violentamente para obtener un puesto al sol. La cabeza le daba vueltas y sentía un hambre lacerante. Sin vacilación se acercó a los mayores y empezó a comer, junto a ellos, los racimos que colgaban del musgo.

Cuando se volvió —ahíto del contenido agridulce de las frutas —, vio un círculo de rostros extraños y curiosos a su alrededor. Sin duda estaban asombrados por su osadía, pues uno de los seres le tomó entre sus brazos y le apretó contra su pecho.

Era una hembra joven y fuerte, sin duda la madre del cuerpo que Linn llevaba. En sus verdosos ojos creyó vislumbrar un destello de amor, y se entretuvo en apartar con sus manos las greñas que le cubrían la cara, y recoger sus hirsutos cabellos hacia los dos lados de la cabeza.

Aquello asombró aún más a los espectadores; pero su admiración subió de punto cuando, escurriéndose de entre los brazos de la hembra, Linn se plantó en el suelo y les hizo a todos un saludo.

Durante el corto día proporcionó nuevas sorpresas, acompañándoles a coger los frutos. Como quieraque ya escaseaban a la altura de sus brazos, hizo colocar a uno de los más altos varones junto a las rocas y se subió hábilmente a sus espaldas. Linn cogió desde sus hombros los racimos que estaban fuera del alcance normal, dándoselos después a los miembros de la tribu.

Sin duda era la primera vez que velan a un semejante suyo proveer de víveres a los demás, ya que su egoísmo animal más bien les alentaba a disputarse la comida. Comprendieron la lección y se apresuraron a construir las improvisadas escaleras, haciendo acopio de frutas que llevaron a la cueva a los otros pequeñuelos.

Harvey vio algunas ramas sarmentosas y secas entre las grietas e infructuosidades del suelo, y se puso a apilarlas y a

transportarlas a la cueva.

Sin comprender sus propósitos — pero influidos por el instinto de imitación — los bípedos le ayudaron y pronto tuvieron una regular carga de leña, en magníficas condiciones para ser quemada. Linn acumuló también buena provisión de musgo seco y al final del día — cuando el frío los empujó hacia el refugio — emprendió la dificultosa tarea de encender fuego.

El que haya conseguido lumbre frotando un palo aguzado contra otro, puede certificar lo difícil que resulta. Al cabo de varias horas, cuando "las manos de Linn" estaban llenas de ampollas, pudo advertir una pequeña humareda.

Se apresuró a fomentarla con musgo reseco, y sólo el frío lacerante le animó a seguir su tarea. Mientras, los demás seres le observaban con evidenteextrañeza.

Cuando al cabo de continuos soplidos surgió una llamita, que alimentó inmediatamente con más musgo y leña seca, un rugido salvaje simultáneo brotó de múltiples gargantas. Los salvajes con las pupilas inyectadas en sangre, se aplastaban contra las paredes como antes un terrible e inminente peligro inevitable.

Linn continuó impertérrito su labor, y cuando consiguió alimentar una regular hoguera hizo señas y gestos a sus semejantes para que se acercaran Algunos aceptaron la invitación, medrosamente. Al notar el agradable calor de las llamas fueron aproximándose todos, y pronto formaron un apretado grupo en derredor del fuego.

Una serie de gritos guturales testimoniaron su agrado, que subió de punto al tomar Harvey irnos trozos de carne, ensartarlos en un lado, e improvisar un rústico asador. Cuando estuvo la carne bien dorada la apartó y, dejándola enfriar, ofreció varios trozos al mismo tiempo que comía.

Muchas garras se disputaron el suculento bocado, y al poco rato el olor de carne quemada llenó la cueva y le hizo arrepentirse de su idea.

Entretuvo el resto de la noche en dormitar. Pero como el bullicio de aquellos seres y sus frecuentas pendencias lo hacían imposible, emprendió la tarea de tejer las fibras resecas que había guardado.

A la mañana siguiente tenía confeccionado un gran cesto para

recoger y guardar provisiones. Y un áspero vestido con el que cubrió su cuerpo, desprovisto aún del vello protector.

Linn continuó asombrando a la tribu en días sucesivos: mantuvo sin cesar el fuego —tanto en elinterior como en el exterior de la caverna—, pues costaba un trabajo inaudito encenderlo.

Amontonó a primera hora de la mañana considerables montones de arcilla, aprovechando la humedad de la tierra. Y construyendo un elemental horno de alfarería —un simple agujero donde introdujo el rescoldo de la leña—, modeló toscas vasijas a las que dio una regular cocción.

Dirigió la construcción a la puerta, que fijó en la entrada de la gruta haciendo dos hendiduras con una de las armas. E hizo una tronera, por donde salían el humo y el aire viciado.

Aún llegó a moler las simientes de las calabazas y a conseguir con la burda molienda una especie de harina, que cocían dentro de los recipientes de arcilla aprovechando las horas de interminable vigilia.

A pesar de "su poca edad" pronto fue considerado con fervoroso respeto. Bajo su égida la tribu prosperó visiblemente, y acondicionaron el refugio adecentándolo en lo posible. La baja condición de aquellos brutos se elevó hasta humanizarse y un trato preferente, indiscutido, le fue otorgado por todos al terrestre.

La limpieza de la cueva y de sus habitantes mejoró en forma notable. Linn enseñó a sus compañeros a tejer y modelar vasijas; a recolectar frutas y semillas. El fuego dejó de ser para ellos un enemigo, convirtiéndose en poderoso aliado. En lo sucesivo prescindieron de comer las carnes crudas, encontrando placer en asarlas y aun cocerlas en los frágiles recipientes de barro.

La carencia de agua y de árboles dificultó mucholos trabajos, pero la falta de laprimera se compensócon el jugo de los vegetales tiernos, ya que en su primer período de crecimiento eran como una pulpa semilíquida de gran valor nutritivo.

Aún consiguió, dejando que el jugo exprimido se desecara al sol, una especie de melaza que consumían como una golosina, y que añadían a la carne dándole un agradable sabor.

Durante el día realizaba "el pequeño" largas caminatas, acompañado de los más fuertes varones. Consiguieron atrapar

pequeñas larvas con ayuda de cuerdas tejidas en forma de redes, y de lazos. Con su piel —secada y curtida al sol— proporcionaron suave abrigo a los infantes.

Los de la tribu no se atrevían a luchar con las aves rapaces, empleando armas tan rudimentarias. Se limitaban a coger las que ahogaban los grandes gusanos.

De las que merodeaban en busca de presa, así como de los monstruos, se ocultaban con gran cuidado. Aunque era dudoso que, aun habiéndolo apercibido, se hubieran molestado en atacarlos.

No significaban para ellas lo que un mosquito para un gigantesco avestruz.

Linn se había acostumbrado a dormir durante el día. Y a velar de noche, ya que una de las cosas que no consiguió fue suavizar el sueño ruidoso de los bípedos. Era como un reyezuelo, como un cacique que le imponía por la suavidad y la dulzura; un paladín indiscutido.

Si la mente de aquellos seres hubiera estado más afinada, le hubieran contemplado con cierto respeto místico. Así, le obedecían simplemente. ¡Nadie se opuso a su mandato!

En virtud del deseo de Linn de montar la guardia nocturna, utilizando el rescoldo de la hoguera interior, tuvo lugar una de sus más espeluznantes aventuras.

Hacía rato que sus compañeros dormían, roncando desaforadamente; el ruido que emitían sus gargantas era verdaderamente infernal. No lograba debilitarlo el viento, que silbaba al exterior con la furia de un tifón terrestre; con una invariable y odiosa monotonía.

Al principio no se dio cuenta de nada. Tal vez fue el olfato el que le avisó primero. Era algo repelente, que poco a poco le llenó de desasosiego: olor de carne putrefacta, de materias descompuestas, de cubil.

No pretendía que en la cueva hubiese el aroma de un jardín, ni menos que fuese como el “boudoir” de una refinada damisela. Pero en virtud de las disposiciones de Linn, no existía la suciedad anterior; e incluso el aroma de la carne asada se desvanecía por la improvisada tronera.

Y la pestilencia, acre y malsana iba en aumento. Parecía que

alguien la arrojaba como cosa tangible. Pensó abrir la puerta, arriesgándose a que la temperatura descendiera, bruscamente, decenas de grados.

¡La puerta! ¿Cómo no había pensado en ello hasta entonces? Era precisamente de allí de donde surgía el olor, a través de los ramajes mañosamente superpuestos, por entre los resquicios que no consiguió taponar.

¡El olor venía de fuera!

Linn sintió que el incipiente vello se le erizaba, al avanzar hacia el exterior. Como medida de precaución cogió una de las armas mejor afiladas y se acercó de puntillas, al frágil obstáculo. Sus compañeros dormían en el mejor de los sueños.

Debió despertarlos, pero no lo hizo. Sin duda le quedaba ese resto de consideración que en la Tierra nos hace caminar de puntillas ante un durmiente.

La cueva que habitaban eran inmensa. Una larga galería llegaba hasta la salida, como un embudo que se estrecha más cada vez.

A mitad del camino se volvió a contemplar a sus amigos y a la luz de la hoguera observó el confuso montón de sus pelambreras.

Estaban muy lejos, como si los observase a través de un catalejo invertido. Y él seguía avanzando al exterior tratando de averiguar la identidad del misterioso visitante.

En otro sitio cualquiera, no se hubiera extrañado que un ser merodease de noche. Pero en aquel planeta la vida se estancaba al ponerse el sol.

¡Y no veía vecinos afectuosos que pudieran acercarse a hacerles una visita! Sólo enemigos por todas partes.

Llegado a la puerta de troncos, trató de alcanzar a ver algo en la penumbra exterior. Sin abrir, desde luego: había entre las rendijas suficientes ventanillos, por los que el aire penetraba como un puñal.

Lo que vio acrecentó extraordinariamente su impresión de frío. Heló incluso en su garganta los gritos inarticulados con que solía entenderse con los bípedos.

Dos ojos inmensos, magnéticos y fosforescentes, le espiaban ansiosamente desde el exterior. Se clavaron en él con una estática y malévola atención, al tiempoque el aliento repelente del

monstruo le inundaba, paralizándole. No podía gritar.

¡Y sus amigos — de cuya valentía y ferocidad tenía pruebas — estaban dormidos!

Una voluntad ajena a la suya le hizo abrir la puerta, y el propietario de las maléficas pupilas se mostró en toda su repugnante monstruosidad: era un culebrón, cuyos anillos alcanzaban con creces la altura de Linn. Una lengua bifida salía de sus fauces afiladas.

Pareció ignorarle, dada su pequeñez, mientras avanzaba reptando sobre el vientre en dirección a los dormidos. Harvey se aplastó contra la pared, incapaz de hacer frente al monstruo. Su angustia era superior al temor.

De pronto, lanzó un grito agudísimo.

De las remotas regiones del espacio le llegó un poder tal que neutralizaba su miedo y su atonía. Y esgrimiendo la espada atacó sin vacilar al reptil.

Tuvo la impresión de que los bípedos — advertidos tal vez por el olfato o por el frío —, se aprestaban a luchar. Lo único que recordó es que atacó a la masa, pinchando y tajando en todas direcciones.

La cueva se convirtió en un maremágnum. El culebrón empezó a silbar mientras, lanzando furiosos, coletazos, trataba de neutralizar a Linn.

El pánico y la cobardía, el fracaso se convirtieron en triunfo; pues luchó a retaguardia dejando al monstruo indefenso.

Gracias a ello lo vencieron entre todos, ¡pero fue horrible!

* * *

Un día, oteando desde lo alto de las rocas, vio Linn no lejos un largo vehículo.

Se encaminaba en derechura hacia uno de los monstruos que descansaban al sol, dormitando y comiendo perezosamente. Era una especie de tren articulado, que reptaba entre las rocas sorteándolas, y avanzaba describiendo grandes curvas.

En la parte delantera tenía un reflector, que, al acercarse a unos cien metros de la bestia, la fulminó con un rayo. Después, el coche continuó su avance y el monstruo, aletargado o muerto,

permaneció inmóvil.

A todo esto los bípedos se habían agrupado a la salida de la cueva, gruñendo ferozmente y blandiendo sus armas con evidente deseo de pelear. Su caudillo les hizo un gesto de espera y se adelantó, sólo, hacia los intrusos.

Éstos se habían acercado al animal. Y se disponían a descuartizarlo cuando se volvieron hacia Linn en actitud expectante. ¿Qué podían temer de aquel pequeño salvaje, que con aire pacífico iba a su encuentro?

Por su parte, mientras avanzaba hacia ellos, Harvey los estudiaba cuidadosamente. Eran seres idénticos a los de la cueva; pero de superior mentalidad. Se hallaban cubiertos de trajes vistosos, y protegían sus cabezas y pechos con deslumbrantes armaduras.

Se dirigió directamente a ellos, que le vieron acercarse sin prevención ni hostilidad. Pero uno, al llegar Linn a tres o cuatro pasos del grupo, desenvainó un afilado machete y apuntó directamente al imberbe. Éste avanzó aún, con las manos extendidas, hasta que la punta del arma rozó su piel.

Entonces permaneció unos instantes quieto, mirando a su presunto agresor a los ojos. Sus compañeros formaron un corro alrededor y por señas Linn les pidió una de sus armas.

Un gigante se abrió paso hacia él y le tomó en brazos con la facilidad del que coge una pluma. Lo observó detenidamente y, después, le depositó en el suelo. Poniendo una mano en su cabeza en actitud protectora.

Al insistir Linn en la petición de su arma, le entregó la suya propia, con una curiosidad que receló. Entonces el “muchacho” se dirigió al inmóvil animal

Remontó la masa de carne trazando en su cuerpo una sangrante división — mediante tajos continuados—, que le partían en dos exactamente. Luego señaló una de las mitades del monstruo, e indicó a sus atónitos espectadores; señalando la otra al tiempo que se golpeaba el pecho y apuntaba hacia la tribu; a la caverna desde donde algunos de los gorilas, asomados a la entrada, seguían con interés sus movimientos.

La mímica empleada, en unión de diversos gruñidos, resultó bastante expresiva. Aquellos individuos parecían deliberar;

permaneciendo en corro unos junto a otros, mientras un suave siseo salía de sus bocas. Al fin, el gigante que había demostrado simpatía a Linn volvió a su lado y, tomando su espada, la levantó solemnemente sobre la cabeza del jovencito.

Había tal nobleza en su gesto que Linn no dudó, ni por un momento, de la bondad de sus intenciones. Llamó a gritos a los suyos y sea por su natural belicoso, o porque interpretasen mal la llamada, se lanzaron a la carrera blandiendo sus armas y emitiendo gruñidos amenazadores.

Al ver avanzar a la horda en actitud hostil, los forasteros se replegaron a su vehículo, del que volvieron a salir con reflectores portátiles. El grande y fijo que fulminó al monstruo enfilaba directamente a los salvajes, desde el techo del convoy, donde estaba instalado.

Previendo una terrible matanza, Linn se adelantó a los bípedos, gritándoles y haciendo gestos para que detuvieran su carrera.

Así lo hicieron, a pocos pasos de sus contrarios. El joven les indicó perentoriamente que abandonasen sus armas, y sólo a regañadientes consintieron —más por su fe en Harvey que por consciencia del peligro o temor a la lucha.

El terráqueo tomó las armas, las transportó a un sitio equidistante de ambos adversarios, y se dirigió nuevamente a los forasteros, indicándoles el monstruo y su estómago, alternativamente.

Parecieron comprender y se retiraron a su aparato, mientras Linn indicaba a los suyos la parte del animal que les correspondía tomar, según su trato con los captores.

En un momento fue descuartizada y porteada a la cueva; y allí se mantuvo la tribu a la expectativa.

Los forasteros tomaron y cargaron en el vehículo su parte de la presa. Una vez acabada la tarea, el gigante —que no dejaba de mirar a Linn— le hizo un seña que era una evidente invitación a acompañarle.

El joven aniñado contestó con un gesto afirmativo. Se lanzó hacia la cueva y, abrazando a susamigos, volvió ah aparato que sólo esperaba su regreso para emprender la marcha.

Subió al interior, se cerró la portezuela y el vehículo se puso

en camino, llevando a Linn consigo hacía ignoradas regiones.

El día declinaba, y pronto el viento precursor de la noche arropó contra las gruesas vidrieras frutos resecos y piedrecillas. En el interior del coche gigante — tenía a su protegido entre los brazos, mientras sus grandes ojos —en los que veía alentar una humana ternura—, apenas se apartaban de él.

Al cabo, cuando empezaba la frígida noche, llegaron frente a un macizo rocoso de inmensas proporciones. Enfilaron una barranca al final de la cual se abría una gran puerta.

De algunas rocas enhiestas, como fenomenales chimeneas naturales, surgían nubes de humo. Y se advertían claraboyas a través de las cuales salían al exterior destellos luminosos.

Estaba entrando, según supo después, en la más formidable ciudad del planeta. ¡En Sira, capital de Saturno!

CAPITULO VI

Una vez que el vehículo penetró en la ciudad, las puertas volvieron a cerrarse a su espalda.

Linn bajó del coche —siempre en brazos del gigante—, y de aquella forma atravesó calles y plazas. De la bóveda de aquel núcleo montañoso, excavado durante siglos por un pueblo paciente y activo, brotaba una luz agradable de ligero matiz azulado.

Magníficos edificios se agrupaban simétricamente, y una multitud transitaba por las calles. Pequeños vehículos se cruzaban en distintas direcciones, y sólo la falta de arbolado y de cielo hizo al forastero diferenciar aquella urbe de una de las populosas terrestres.

Conducido a una casa de suntuosa apariencia, Linn fue presentado a la familia de su protector. Estaba compuesta de una mujer de noble aspecto, y de una jovencita. Tenían numerosos sirvientes.

La mujer examinó atentamente al pequeño, mientras brotaba de sus labios —y de los de su esposo — aquel sonido sibilante que constituía su lenguaje. Y mientras tanto, la niña miraba con simpática cordialidad a Linn, y le hacía multitud de preguntas a las que él contestó con encogimientos de hombros y ademanes que

delataban su ignorancia.

Haciendo un esfuerzo trató de repetir algunos de sus sonidos, con los que provocó una risa espontánea y acogedora.

AI poco rato la mujer salió de la estancia para regresar después con vestidos adecuados a la edad y condición del huésped. Le acompañó a una habitación donde le aseó debidamente, y luego de vestido y calzado compartió con ellos una frugal cena, acompañada de diversas golosinas.

Saciado el apetito del niño-adulto le condujo a un confortable dormitorio, donde le mostró un lecho de materiales plásticos.

Linn se hallaba verdaderamente rendido. La excitación y la fatiga, las incomodidades de su vida salvaje y la blandura de aquel lecho, fueron motivos suficientes para proporcionarle un buen descanso. Durmió de un tirón durante varias horas y, cuando al fin se despertó, fue más bien atraído por el aroma del desayuno que humeaba a su lado.

Sus protectores estaban mirándole con tanta curiosidad como cariño.

Linn empezó su comida matutina ofreciendo parte de ella, gesto que comentaron sus nuevos amigos con sorpresa. Luego se vistió solo, rehusando toda colaboración y un poco irritado por la presencia de la niña, que fisgoneaba sin cesar.

AI fin, acompañado por el guerrero —que le tomó de la mano —, ambos salieron de la casa, mientras la esposa y la pequeña se asomaban al umbral para verlos partir.

Debían haberse divulgado durante la noche las noticias de la actuación de Linn en la víspera, pues muchos de los habitantes de la ciudad se acercarona ellos, siseando con su acompañante, y se detuvieron a mirar al "pequeño salvaje". El gigante atajaba cuanto podía aquella curiosidad, señalando con su mano libre —pues de la otra no soltaba a Linn— hacia el hermoso edificio que se alzaba en el centro de la ciudad, al que se encaminaban.

El guerrero vestía un traje más lujoso que el utilizado en campaña, y desprovisto de arreos marciales. Linn comprendió que iban a visitar al jefe de aquellos dominios.

En efecto, ascendieron, las gradas del palacio y, luego de cambiar un saludo con los guardianes de la entrada, avanzaron por suntuosas habitaciones hasta hallarse en presencia de un venerable

anciano, al que rodeaba una selecta concurrencia.

A algunos pasos del trono, el gigante soltó de la mano a Linn, indicándole con un gesto al jefe supremo.

Sin cortedad alguna avanzó hacia él y a dos pasos del trono se detuvo. Cruzó los brazos sobre el pecho, e inclinó la cabeza con una reverencia a la usanza oriental.

Un murmullo de admiración acogió su gesto. El anciano tendió su mano en cordial invitación y, avanzando más, Linn subió varios peldaños que le separaban del piso del salón. Tomando un extremo de las vestiduras reales las besó con respecto.

El anciano puso su mano sobre la cabeza juvenil, mientras cesaba el siseo de los reunidos.

Dio una orden, y otro anciano—con trazas de sabio—, avanzó llevando en sus manos un libro manuscrito.

Linn no pudo comprender ni uno solo de los extraños caracteres; pero hizo ademán de escribirmientras se tocaba el pecho.

El sabio sacó de entre sus vestiduras una recia lámina, parecida al papel, y se la ofreció al mismo tiempo que una varilla, formada por negro de humo u otro colorante similar.

Entonces el terráqueo trazó un rudimentario esquema del Sistema Solar, dibujando en primer lugar el Sol, y rodeándolo de un nimbo de rayitas radiantes. Puso a continuación—-sobre las curvas que indicaban sus órbitas — el séquito de los planetas: Mercurio, Venus, la Tierra,. Marte, Júpiter, Saturno y su anillo, Urano, Neptuno... y, señalando la Tierra con el índice, se apuntó despuésa sí mismo, varias veces.

El anciano le observó pensativo y, volviéndose a los reunidos, dio una orden. A poco trajeron un planisferio solar en relieve, donde cada astro se hallaba suspendido mediante un finísimo alambre alrededor del Sol, con sus proporciones y distancias y el puesto que en la actualidad ocupaban en el espacio.

Rogó a Linn —por señas— que repitiera sus afirmaciones.

Sin ninguna vacilación, el jovencito señaló la Tierra con una mano, mientras con la otra se tocaba el pecho repetidamente.

Rumores de incredulidad y de asombro llenaron el regio salón. Y no era para menos: un niño salvaje estaba dándoles — sin palabras — toda una demostración de astronomía.

El interlocutor de Linn —si así puede designarse con propiedad a aquel con quien sostenía el lenguaje mímico—, le indicaba su envoltura carnal; queriendodemostrar lo absurdo de tales afirmaciones. A esto contestó él haciendo gestos de imposibilidad de expresión: separando simultáneamente sus manos del pecho y señalando su boca abierta, como si le faltara la lengua en ella.

Luego, tomó el carboncillo otra vez y, con primorosa caligrafía, escribió su nombre. Leyéndolo, al mismo tiempo.

Después de examinar el escrito, el sabio se lo presentó al rey y a los demás palaciegos, repitiéndose las exclamaciones de maravilla.

Luego llevaron un encerado, donde Linn dibujó varias figuras geométricas y realizó operaciones numerales, sustituyendo las cifras árabes por agrupaciones de puntos. Cuando vio que seguían y entendían sus elementales cálculos, escribió los números dígitos al lado de su equivalencia en puntos, y también diseñó todas las letras del alfabeto; poniendo su nombre y el de la Tierra debajo, y mostrándoles las distintas letras en el abecedario.

El sabio señaló entonces al planeta Saturno, al tiempo que apuntaba al suelo y todo el ámbito que los rodeaba. Linn hizo un inmediato gesto de comprensión y, juntando sus manos como el que se arroja al agua de una piscina, describió una breve trayectoria en la sala, tocando los planetas Tierra y Saturno y agitando sus brazos en actitud de vuelo.

Con ello dio fin a su pantomima. Considerando terminada su explicación se cruzó de brazos.

Se pecaría de prolijo describiendo cuantas pruebas verificó aquella mañana. El sabio no se cansaba de interrogarle, y él respondía con la mejor voluntad, en lamedida de sus fuerzas y conocimientos. Recurrió con frecuencia al encerado y al planisferio, haciendo gestos de abatimiento o incomprensión cuando no podía o no sabía contestar.

Al fin el monarca, adivinando antes que nadie su cansancio, permitió a Linn visitar las dependencias del palacio, los laboratorios y museos. Incluso las cocinas, donde le obsequiaron con exquisitos manjares. Le regalaron una pequeña espada con su correspondiente tahalí, y volvió a la casa del gigante escoltado por

la curiosidad y el respeto.

A la tarde, recorrió con su protector calles y almacenes; visitaron numerosas tiendas y fue pertrechado hasta de lo más superfluo. Linn rechazó sistemáticamente los juguetes que le brindaban, pero hizo acopio de libros ilustrados; sobre todo de una extensa y polícroma geografía, una zoología y un compendio de botánica.

Pasó mucho tiempo, después de cenar, estudiando aquellas láminas y tomando apuntes. En determinado momento, su protectora cerró con indiscutible energía los libros que estudiaba. Y le condujo a su lecho con una autoridad que no admitía réplica.

Al día siguiente, apenas se había levantado, el anciano sabio se presentó en la casa armado de un voluminoso bagaje.

Iban a empezar las lecciones doblemente embrolladas, pues el sabio deseaba tanto ilustrar como ilustrarse. Y si es indudable que cuando dos móviles parten en pos el uno del otro se encuentran en el camino, lo cierto es que entre el lenguaje de dos planetas, y los conocimientos dispares, se formó un empedrado pedagógico capaz de estrellar al mismo Pestalozzi.

Harvey tuvo que aprender el idioma yendo a la escuela de Tona —que así se llamaba la niña de sus protectores—, y el sabio se quedó sin aprender el inglés; harto intrincado y difícil para aquellas gargantas.

Transcurrieron así varias semanas en las que, durante las mañanas, Linn practicó toda clase de enseñanzas. Era evidente que el sabio estaba dispuesto a dedicar los días íntegros — y aun parte de las noches — a proseguir su tarea. Pero la protectora del joven, Laga, se opuso a aquella saturación de cultura. Y Hunán, su gigantesco esposo, escapaba con los dos chicuelos por las tardes, dando paseos dentro y fuera de la ciudad.

El sabio, con fiero tesón, se empeñaba en acompañarlos, casi siempre, en sus excursiones. Era la oveja negra en aquellas expansiones infantiles.

Linn vio algunas veces al rey, que quería estar al corriente de sus progresos “escolares” Y pronto pudo entablar conversaciones con los siranos, en las que dio definitiva cuenta de sus andanzas antes y después de arribar al planeta.

Consiguió, en una de sus entrevistas con el monarca, que los

seres de “su” tribu tuviesen derecho a una parte de las presas que se cazaran en sus territorios. Y aún acompañó a Hunán en una de sus expediciones cinegéticas, llevando a los salvajes vestidos, utensilios y armas.

Cuando le vieron descender del coche, y avanzar hacia ellos trajeado como un príncipe, aquellos seres elementales quedaron aturdidos.

Linn invitó a algunos a acompañarla a Sira perorehusaron. Preferían la vida áspera y Salvaje a queestaban habituados; si bien aceptaron cuantos regalos les proporcionó Linn. Hachas, instrumentos de cocina y molinos de mano —amén de abundantes ropas, mantas y golosinas—, fueron recibidos con bulliciosa alegría.

Consintieron, también, en tomar algunos aparatos de alumbrado y unas píldoras que, en contacto con la humedad, ardían espontáneamente. Linn se despidió de ellos sin gran sentimiento por su parte, entusiasmados como niños ante los regalos y golosinas.

¡No se ha vuelto a verlos! Tal vez perecieron durante el gran cataclismo, o algún monstruo llegó a devorarlos a todos. Es posible, también, que emigrasen en la época de liberación a mejores terrenos de caza.

CAPÍTULO VII

Transcurrieron más días. Linn había rebasado ya las dificultades del idioma, y hasta conocía los rudimentos de la escritura. Casi todos los nombres de los siranos eran bisílabos a excepción del monarca, que llevaba unidos al suyo “Mino” la ristra de los de sus diez inmediatos antepasados. Sus súbditos le daban el título que correspondía a su regio atributo, y Linn le llamaba siempre “rey”, apelativo que agradó al anciano cuando supo su significado.

Había llegado a admitir que Linn pertenecía a la Tierra — lo entendieron así desde su primera explicación—, pero luego, al conocer su idioma, hubo de explicárselo nuevamente. No comprendían su desplazamiento, ni su intrusión en un cuerpo

ajeno.

Admiraron, asimismo, la forma en que el viajero sideral llegó a comunicarse con los seres-esfera. Desconocían la existencia de tal pueblo, ya que no podían desplazarse de la ciudad a más de medio día de marcha de sus vehículos. Para regresar, a lo sumo, a primera hora de la noche.

Sólo sabían de la existencia de los trogloditas, los cuales, valiéndose de estratagemas, habían diezmado varias excursiones de siranos enbusca de caza, También conocían alos seres del fuego, de los que contaron una breve leyenda.

Según ella, en un principio habitaron numerosas razas la superficie del planeta, desconociéndose la guerra y las luchas entre sus pobladores. Esto explicaba el enorme adelanto de las ciencias pacificas; pues el rayo paralizante —única arma defensiva de gran potencia—, no era en sí mortal. Y sólo las armas blancas habían sido su elemento de combate contra los monstruos y otros peligros, hasta hacía bien poco.

Amparados por la extremada exuberancia del planeta, los antiguos moradores tenían asegurado su sustento y jamás habían pensado utilizar como alimento los seres vivos. Simplemente se apartaban de su lado cuando encontraban alguno, y los grandes seres vegetarianos tampoco les atacaban ni hacían ningún caso de ellos.

Asistían asombrados, como meros espectadores neutrales, a las luchas de las aves rapaces contra los demás animales; sin comprender aquel sistema de alimentación.

Anteriormente existían otros diversos seres irracionales, así como enorme variedad de vegetales y aun árboles, de los que Linn tenía noticias por los libros que había consultado, y que se reproducían para conocimiento de los estudiosos.

De las razas humanas no tenía sino una vaga noción; creyendo que existían otros seres —aparte de los descritos— que habitaban debajo de las enormes masas cristalinas y petrificadas, en cuyo interior bullía un líquido incoloro. Linn pensó que serían peces o seres anfibios, pero de ello no tenían noticia concreta.

Los salvajes eran hermanos deraza, que habíanpreferido la, vida agreste y salvaje, y cuya inteligencia se había estacionado durante varias centurias.

Lo que más le interesó al terráqueo fue la descripción— un poco nebulosa—, de los seres ígneos, egoístas y malvados. Eran corpóreos, y habían conseguido aislar el calor central bloqueando los pozos de fuego, para el exclusivo beneficio de su caloría vital.

Se ignoraba su sistema de alimentación, aunque parecía apuntarse, con horror, que eran caníbales. Se decía que tenían enormes reservas de productos químicos, e incluso que detentaban los dominios submarinos, donde se proveían de sustentó. No llegaron a verse ejemplares de aquella raza, pero los sabios sostenían la teoría de que estaban dotados de una fuerte armadura protectora, natural o artificial.

Lo único cierto e indudable era que, desde su decisión de taponar los conductos de expansión de las llamas, la superficie del planeta se había tornado más y más fría, impidiendo la vida en ella durante las noches. Todos los demás habitantes de Saturno se vieron obligados, desde generaciones atrás, a construir sus viviendas al amparo de las rocas y otros diversos refugios subterráneos.

Aislados por el invencible frío nocturno, los siranos fueron olvidándose de las distintas razas. Circunscribían su radio de acción a medio día de marcha ele sus dominios, por lo que el aislamiento y la falta de contacto hacía considerar como extraños hasta a los más inmediatos vecinos. La aviación no existía — imposibilitada por el enorme viento diurno — y no había vehículo por confortable que fuera que resistiese el embate del frío durante la noche.

Algunos aparatos que, por avería, o desorientación, habían permanecido más de un día fuera de Sira, se hallaron después arrasados, con toda su tripulación congelada.

Esta era la causa de que todos los saturnales hubieran llegado a limitar su vida a la estancia en grandes cuevas naturales, o montañas horadadas artificialmente.

Añoraban la vida en la superficie, que se ofreció a sus antepasados templada y venturosa. Odiaban a les seres ígneos, y conocían bastantes pozos de fuego en sus dominios; pero jamás habían pensado en volarlos con explosivos, temiendo una catástrofe mayor. El asunto de las subsistencias era en Sira —como en el resto del planeta—, un arduo problema que se resolvía a base

de una vida austera, llena de sobriedad. Y siempre atenazada por el fantasma del hambre.

Linn volvió a casa de Hunán deseoso de encontrar un procedimiento para ponerse en contacto con los seres-esfera; pues empezaba a forjar en su imaginación una idea para salvar a Saturno, rescatando el calor atesorado en sus entrañas.

Le había pedido al rey uno de sus numerosos coches de caza —para dirigirse al encuentro de sus amigos—, pero recibió una respuesta negativa.

Mino dijo, en apoyo de su actitud, que no había ser humano que resistiera una noche fuera del amparo de la montaña, y que jamás podría alejarse de la ciudad a más de medio día de marcha.

Molesto por el veto real, Linn permaneció encerrado en sus habitaciones, negándose a recibir a nadie e incluso a tomar alimento.

Era tal el espíritu liberal de aquellas gentes, y se respetaban tanto las determinaciones de cada ser, que aceptaron su actitud, a pesar de su evidente sentimiento.

Los protectores del terráqueo estaban desolados, viéndole enflaquecer por instantes. Él explicó que ansiaba ponerse en un estado de debilidad tal que se afinaran sus facultades sensitivas, bastante embotadas. Y rogaba a Dios con todas sus fuerzas, que permitiese a su pensamiento desligarse del planeta y ponerse en contacto con los amigos terrestres.

Al fin, al tercer día., durante el sueño, recibió un mensaje telepático:

“Estamos siempre contigo, y deseamos fervientemente que realices tu misión. Pedíamos haberte hecho regresar a la Tierra, pero tememos que, una vez aquí, no te sea posible volver a encontrar el camino de Saturno, y dejes tuformidable labor incompleta. Atendemos tu cuerpo cuidadosamente, y no hay ninguna señal física de agotamiento: funciona como un buen reloj al que se engrasara y diera cuerda con regularidad.

”Estamos maravillados de tu epopeya, y seguimos todos tus pasos y todas tus sensaciones. Hablas — como si soñaras en voz alta — de todo lo que te ocurre, y tus palabras son anotadas cuidadosamente. Hombres de ciencia y técnicos de todas las especialidades, te ayudan sugiriéndote cualquier dato que

necesites. Puedes creer que tienes toda la Ciencia y experiencia de la Tierra a tu servicio, y que sentimos no poder enviarte — a través del éter — cuantas cosas materiales precisas.

“Hemos de limitarnos a transmitirte fórmulas yconsejos, que captas perfectamente y que hasta ahora han sido ejecutadas al píe ele la letra. De momento, no vemos más solución que facilitarte la fórmula de un tejido termógeno, para que te preserve del frío en las noches de Saturno, y recomendarte la destilación de alcoholes y otros líquidos muy combustibles, que no produzcan humo, a más de algunos cordiales para estimar tu actual organismo. Aun en el ceso de que perdieras la envoltura física que ahora tienes, puedes ir en espíritu al encuentro de tus amigos los seres-esfera. ¡Ánimo, y hasta el fin de la aventura¡” Linn se despertó confortado, y comió con bastante apetito. Hunán, Laga y su hijita, estaban contentos viéndole abandonar su táctica de ayuno; alegría que se mermó notablemente al saber su decisión de abandonarles, vivo o muerto. Hunán apoyó su mano en la cabeza del pequeño, y le dijo:

—Si has de salir al exterior, yo te acompaño. Lo que resista tu cuerpo también lo aguantará el mio. Insistiré cerca del rey para que nos deje llevar un aparato y, si no nos lo entrega voluntariamente, lo tomaré a la fuerza. Saldremos... ¡aunque sea para no volver!

—Pero... Laga y tu hija...—susurró Harvey.

—Laga—contestó la aludida — sabe que volveréis. La voluntad de mi esposo es orden para mí, y aguardaremos vuestro regreso con fe y confianza.

No hubiera hablado mejor una antigua matrona de Esparta. Linn se acercó a ella, emocionado, y estrechó sus manos, diciéndole:

—Es la felicidad del planeta lo que se ventila, mujer. ¡Ojalá que el rey comprenda nuestra actitud, y no la considere un acto de rebeldía!

—Tengo suficientes riquezas para compensar los gastos de construcción de otro vehículo, aun en el caso de que no volváis — replicó ella —. Y mi familia nos ampararía. Además..., ¿qué son las riquezas y el bienestar ante Hunán, que estamos dispuestas a ceder para que se cumpla tu deseo?

Linn salió en dirección a los laboratorios del rey y, durante

varios días los sabios le fabricaron diversos líquidos y tejidos. Se hicieron a su medida, y a la de Hunán, trajes elásticos de una sola pieza, que se adaptaban exactamente al cuerpo, incluso envolviendo las cabezas. Con unas gafas muy gruesas, especiales, probaron aquellos vestidos en las descomunales cámaras donde se conservaba la carne para el consumo de Sira.

Permanecieron varias horas inmóviles, y sometidos a las más bajas temperaturas. Tenían a su alcance un cordón de socorro, prestos a utilizarlo en cuanto advirtiesen el menor signo de desmayo; pero no tuvieron necesidad de hacerlo.

Cuando salieron de las frigoríficas, una gruesa capa de hielo se había formado sobre las gafas protectoras, y molestas punzadas les mortificaban los miembros y oprimían sus pulmones.

i Pero vivían!

Era imposible que la temperatura exterior llegase a aquellos extremos. No obstante, serían muchas más horas y, de cualquier modo, el experimento iba a resultar terriblemente arriesgado.

Con una gran provisión de líquidos combustibles y estimulantes, llenaron el aparato que habían decidido apropiarse. Y una mañana muy temprano, antes de salir el sol, emprendieron la marcha.

Las puertas de la ciudad se abrieron automáticamente a su paso. Y al volver la cabeza, fuera ya de los recintos de Sira, la última mirada de los expedicionarios fue para una pobre mujer que alzaba las manos en muda despedida, y cuyo pecho se agitaba violentamente.

Pronto salió el sol, y caminaron sorteando los obstáculos vegetales y las rocas. Llevaban varias horas de marcha cuando sintieron un ruido a su espalda, y una voz conminatoria:

—Parad el motor y cuidado con moveros, ¡Estáis detenidos!

Se volvieron asombrados, contemplando a un desconocido que los enfocaba con uno de los reflectores paralizantes. Sobre su rostro, una mascarilla de cera impedía distinguir sus facciones. Eran tan teatral su atuendo y su orden, que a Linn le dieron ganas de soltar la carcajada.

El intruso siguió hablando, dirigiéndose a él, precisamente:

—Entoda **la** historia de Sira no hay memoria de un solo acto de rebeldía a las órdenes reales, ni de un robo premeditado. Era

necesario que viniera otro ser de un extraño mundo, para trastrocar nuestras costumbres y tradiciones. ¡Inducir a Hunán, jefe de los cazadores reales, a cometer un delito tan reprobable... ¡Prepárate a morir!

—¿Cómo me matarás? — preguntó Linn más extrañado que temeroso —. El rayo sólo paraliza. ¿Acaso pretenderlas, al tenernos Inermes, clavar una daga en nuestro corazón?

—No otra cosa merecéis, por bandidos. Pero haré algo mejor.

La voz sibilina se alzó, con resonancias triunfales, tras de la máscara inmóvil.

—Voy a castigaros sin ensuciar mis manos con vuestra sangre — siguió—. Os inmovilizaré y arrojaré vuestros miserables cuerpos al exterior; para que ese frío que osáis desafiar purifique vuestro deliro, y vuestra audacia. Yo volveré a Sira, y restituiré el coche al lugar que no debió abandonar nunca de forma clandestina.

Mientras decía así, el misterioso personaje avanzaba hacia ellos en actitud truculenta. Linn observó a Hunán, con el rabillo del ojo, y vio que se disponía a saltar sobre el que los amenazaba. A la menor oportunidad.

—¡Quieto, Hunán!—le dijo—. Voy a terminar yo solo esta farsa.

Y, aproximándose al que los amenazaba, le pidió con voz tranquila que le entregara el arma y se quitase la máscara.

- ¡Atrás, maldito muchacho! ¡Atrás o te fulmino!...— exclamó el tipo.

Linn continuaba avanzando, imperturbable; extendiendo su mano hacia el aparato que el otro mantenía firme y decidido.

El que apuntaba, viéndole avanzar tan resuelto, tiró el reflector a un lado con gesto de fastidio. Luego se despojó de la careta. Una exclamación espontánea brotó de labios de Hunán.

- ¡Dito!

Era el sabio, efectivamente, quien sonreía con gesto bondadoso.

—¿Os figurabais, amigos — explicó — que iba a dejaros

escapar solos? Todos esos preparativos de ropastermógenas, cordiales y combustibles líquidos, me tenían como sobre ascuas. Espié, y me di cuenta del coche donde guardabais los productos fabricados. He permanecido dos noches en este armatoste, hasta que por fin lo he sentido arrancar. Y he tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no delatar, mucho antes, mi presencia. ¿Cómo me conociste? — preguntó al terráqueo.

Linn le contestó, riendo:

—Era tan parecido tu lenguaje a las explicaciones que te di sobre la forma de operar en la Tierra los "gangsters", que sólo el tono de voz y la estatura me desorientaron.

—Un trozo de goma en la boca y unas fuertes botas, de las que os he traído otros dos pares, han bastado para mi caracterización — contestó Dito — fuera de la máscara. Así estaremos mejor pertrechados, y esa es mi aportación a la excursión sin rumbo y sin esperanza.

— ¡Muy bien!—dijo Linn—. Pero ahora hemos de volver…

—¿Para qué? — renegó el sabio —. He hablado con el rey, y me permite la empresa.

—¡Pero no tienes traje para preservarte del frío! — exclamó el joven.

—Te equivocas, pequeño... Al mismo tiempo que se confeccionaban los vuestros, mandé hacer otro para mí. ¡Estoy perfectamente equipado! Esta noche nos los pondremos para realizar el gran ensayo.

El día transcurrió sin grandes incidentes y la noche — que esperaban y temían — no tardó en presentarse. Al sentir los primeros síntomas de frío, vistieron sus prendas termógenas **y** se arrebujaron enmantas, mientras el vehículo seguía su camino. Siempre en la misma dirección, horadando la semipenumbra con sus potentes reflectores.

No temían a ningún enemigo vivo. El rayo paralizante los protegía, y sólo tenían que sortear los obstáculos inanimados. ¡Las rocas, que se precipitaban a su encuentro rodando a impulsos del huracán quo no cesaba ni un momento!

El combustible locomotor era en la práctica inacabable y transcurrieron muchas horas sin que sintieran la menor molestia.

El suave calor que irradiaban las prendas les permitía subsistir

y vencer el clima. Sin embargo, el aliento se congelaba al salir de su boca, y formaba pequeños témpanos entre el vello.

Cuando calcularon que había pasado media noche, se dispusieron a comer. Pero, en el momento de moverse, todos empezaron a tiritar de manera incontenible. Echaron mano del líquido estimulante y comieron a duras penas, mordiéndose la lengua repetidas veces. Tal era el entrechocar de sus dientes.

Prendieron fuego a parte de las substancias alcohólicas, derramadas previamente en recipientes, y gracias a ello la temperatura interiorse encalmó lo suficiente.

Así y todo, vieron aparecer las luces precursoras del día con un suspiro de alivio.

—¡Por fin!—dijo Hunán, desentumeciéndose—. He aquí la vida…

—Sí — contestó el sabio, más abatido que los otros por su endeble naturaleza—. La primera noche es siempre la peor.

Ante el día que se anunciaba, aceleraron la marcha al máximo. Bra necesario reducir la distancia que los separaba de…

¿Dónde?

La vegetación que brotaba a su paso, así como el barro producido por la humedad de las primeras nubes, fueron arrollados sin dificultad por el sistema de cadenas del vehículo. Era ya bien entrada la mañana y continuaba con una prisa febril.

Inmovilizaron uno de les monstruos, y guardaron parte de su carne en reserva. Además, contaron aquellas extremidades que presagiaban nuevas reproducciones, y las encerraron en uno de los coches vacíos que constituían el convoy,[2] con abundante carga de frutas para el sustento de los recién separados individuos. Continuaron la marcha.

Cambiaron impresiones sobre la noche que se avecinaba y, aunque tenían verdadera prisa en continuar su viaje, en atención a Dito decidieron pernoctar al amparo de unas rocas. En una de las cuevas que abundaban en aquellos parajes.

Entumecidos y apretados unos contra otros pasaron la segunda noche, sin utilizar las reservas de combustible líquido. No sabían los días que transcurrirían hasta localizar el poblado de los seres-esfera, y les interesaba economizar aquella fuente de vida.

Así, caminando durante el día y refugiándose en reductos

naturales por la noche, realizaron varias etapas del viaje más fantástico de todos los tiempos.

Cuando Linn cruzaba de un extremo a otro del planeta —valiéndose de la envoltura astral simplemente—, recorría cientos de millas a la velocidad de la luz. Sin brújula ni otro sistema de orientación, habían de atravesar ahora enormes distancias a paso lento; haciendo frecuentes paradas y cruzando regiones ignotas.

Iban hacia un destino nebuloso, cruzando desiertos desolados de los que no existía la menor referencia.

Era una empresa sencillamente descabellada, y Linn comprendió la bondad del rey de Sira, al prohibirle utilizar el aparato. Fue necesaria su actitud de ayuno, y la decidida colaboración de Hunán y Dito, para que el rey consintiera la fuga; resistiéndose hasta el último instante.

Y creyendo, de antemano, que perdía a tres de sus más queridos súbditos.

Pero todas las hazañas que el ser humano realiza tienen al principio aire evidente de locura. De ellas, y no de la comodidad muelle y regalada, ha brotado la luz esplendorosa del Progreso.

Hacia una luz semejante caminaban los tres valientes, aguzando la vista por el día y aún de noche, cuando no encontraban un refugio aparente.

CAPÍTULO VIII

No disponían de otra orientación que el vuelo de las aves rapaces y la salida del sol. Hacia su encuentro, por tanto, caminaban a diario; con grandes probabilidades de extraviarse, dadas las enormes proporciones del planeta.

No se trataba de seguir un determinado meridiano, y hubiera sido necesario más de un millar de vehículos —avanzando todos ellos en forma de rasero a muchas millas unos de otros—para tener una remota posibilidad de hallar el pueblo que buscaban.

Era como si un hombre caminase a pie y en línea recta por una ciudad desconocida, y pretendiese hallar una pequeña casa, oculta entre millares y aún millones de ellas.

La reserva motriz del aparato era prácticamente inagotable.

Por otra parte, los víveres tampoco escaseaban, pues bastaba apearse del vehículo para tomar cuantos necesitasen; tanto para ellos como para los pequeños monstruos que medraban en su departamento. Pero pasaron largos días sin observar señales de la deseada torreta, y ya desesperaban de hallarla,

El líquido combustible que utilizaban para caldearel vehículo iba escaseando. El hielo se acumulaba de forma alarmante en el exterior del coche e incluso sobre sus propios cuerpos.

Una noche, observaron a lo lejos una serie de fulgores.

A la incierta luz nocturna avanzaron hacia ellos y, al aproximarse, distinguieron hasta cuatro inmóviles puntos luminosos. Eran coches semejantes a aquel que Linn ordenó construir a los seres-esfera, y permanecían en tétrica quietud, espaciados en una larga fila, ¡Colocados en línea recta, apuntaban en una buena definida dirección!

Era desoladora, en verdad, la actitud de aquel convoy inmóvil, yerto. Tuvieron que aguardar al día para realizar un detenido examen del mismo.

Cuando llegaron la luz y el sol, los viajeros estiraron sus miembros agarrotados en la espera, y se bajaron a inspeccionar, Hunán, más alto y fuerte que ninguno, regresaba ya de la total visita, cuando Dito y Linn llegaban al primero de los vehículos inmovilizados.

Los témpanos acumulados en la superficie—que impedían ver el interior—, demostraron que llevaban varios días detenidos. Cuando consiguieron forzar las puertas, arrancando a golpes el hielo que cubría sus junturas, un idéntico y desolador espectáculo se ofreció a su vista.

Los seres-esfera que los tripulaban estaban congelados en sus respectivos asientos. ¡Y sus tentáculos agarrotados, rígidos por la muerte, apuntaban hacia atrás, invariablemente! En la misma dirección que marcaba el estacionamiento de los coches.

¡Sintiéndose morir, con un heroísmo inaudito, habían logrado marcar la ruta que traían y hacia la que debían encaminarse los recién llegados!

Linn habló a Hunán y a Dito, y acordaron recoger todos aquellos cadáveres en un solo vehículo; que él se dispuso a guiar mientras Hunán tomaba de nuevo el mando del coche-oruga.

Durante día y medio avanzaron lentamente. Linn abandonó la última noche su fúnebre transporte y se refugió entre sus amigos vivos consumiendo la ya escasa reserva de combustible.

¡Al fin llegaron!

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Linn al divisar las torretas de los seres-esfera, dedicados a su tarea diurna. Ningún vehículo acudió a su encuentro y comprendió que había sacrificado hombres y artificios para salir a buscarlos y orientarlos.

¡No hubieran atinado con el pueblo de los seres-esfera, a pesar de la afinada intuición de Linn, de no haber sido por su sacrificio!

La ruta seguida los alejaba casi dos jornadas de su emplazamiento, en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados de la dirección que llevaban al divisar el inmóvil convoy.

Cómo habían llegado a adivinar su llegada, y salir a su paso para indicarles el verdadero camino, era en aquel momento un misterio insondable.

Cerca de la torreta que portaba el cordón sensitivo; Linn se apeó del coche y avanzó, haciendo gestos amistosos.

Luego, indicó a Hunán el emplazamiento de la gran puerta exterior y, tomando de nuevo su vehículo, se adelantó hacia ella.

En el momento de llegar a sus inmediaciones seabrió, y volvió a cerrarse en cuanto la cruzaron. Un calor sofocante fue creado a su alrededor y, al cabo, la segunda puerta se abrió y se vieron rodeados de seres-esfera.

Linn sintió el fluido intuitivo del rey antes de reconocerlo a su lado, y "oyó" su voz al mismo tiempo que sus tentáculos le palpaban afectivamente:

—Doy gracias al Destino, amigo, porque han regresado. Conozco tus fluidos — añadió el rey contestando a las preguntas mentales — aun dentro de esta extraña envoltura. Como intuí tu propósito y te envié a los míos en la dirección en que percibí tus ondas demandando ansiosamente la ruta que precisabas seguir.

—Quise acompañar yo mismo a aquellos valientes— explicó después—, pero el pueblo se opuso a mi partida y hube de resignarme a permanecer aquí, entre estas odiosas paredes. ¡Sé lo que habéis sufrido, como lo saben sin duda tus hermanos de la Tierra. He compartido tu angustia, tu indecisión, tus miserias físicas. He admirado vuestro valor y hesufrido con vosotros todos

los tormentos. Ignoro el resto de tus aventuras desde que saliste de aquí —porque mi radio de captación es limitado— yencontraré un gran placer si quieres relatármelas cuandodescanses.

—Ahora precisamos reposo, en efecto —le respondió Linn—. Y aún quisiera pedirte que, mientras tus súbditos descargan los vehículos, nos proporciones, un sitio menos cálido para dormir. ¡Estamos congestionados!

Mientras su amigo hablaba con el rey, Hunán y Dito se hablan despojado prestamente de sus vestiduras. Permanecían desnudos y transpirando como dos fundidores en pleno trabajo.

Linn se dirigió a ellos en su idioma, seguro de que el rey le comprendería gracias a su maravillosa percepción. Y les dijo:

—Voy a proporcionaros una satisfacción física desconocida para vosotros. Cuando termine la labor de unas gigantescas máquinas...

—¡Desde este momento están paradas! —transmitió el rey—. ¡Venid por aquí!

Se acercaron a los aparatos desecadores y, siguiendo en unión de sus amigos un camino contrario al de la entrada de las aves —desnudo como ellos— les gritó Linn:

—Cerrad fuertemente los ojos y avanzad.

Ellos obedecieron y entraron en el departamento de lavado, donde se dieron la más copiosa ducha que pueda imaginarse. Durante varios minutos permanecieron allí, zarandeados por la potencia de los chorros lavadores. Después, salieron al exterior, considerablemente tonificados.

El rey les esperaba a la salida.

—Sólo por este hecho sois ya ante mi pueblo seres extraordinarios—-dijo, sin palabras—. Ninguno de nosotros hubiera podido resistir un solo instante ese tormento, que a vosotros os ha servido de evidente regocijo.

—Pues bien—contestó Harvey—: si mis cálculos no me engañan, dentro de poco podréis realizarlo vosotros, e incluso salir al exterior.

—¡Así sea! — dijo el rey, con verdadera unción.

Linn transmitió a sus amigos siranos la conversación mental, Y les comunicó, asimismo, quetenían los lechos preparados. Dito aceptó encantado la invitación. No así Hunán que le dijo, dándole

una palmada en la espalda que le hizo tambalear:

—Estoy tan fresco como un racimo de musgo en las primeras horas del día. ¡Y te acompaño a donde vayas!

Convinieron en trasladar los monstruos vivos al exterior, al cercado montañoso debidamente acondicionado con redes metálicas.

Era un enorme anfiteatro natural, donde aquellas moles de carne medrarían profusamente. Los dejaron allí a costa de gran esfuerzo, y los vieron precipitarse sobre las sazonadas frutas silvestres.

Cuando regresaron al interior de la ciudad ya estaba acondicionado el coche que se rescató, y asistieron a la ceremonia fúnebre de los héroes.

¡Dieciséis veces el pozo de fuego recibió sus cuerpos, devolviendo apenas unas pavesas!

—Tenemos que hablar sobre este pozo, majestad — dijo Linn al rey, al terminar el acto de la incineración.

—Cuando gustes — contestó el monarca.

El pozo era una oquedad vertical de unas cien yardas de diámetro, que se abría al borde mismo del suelo y cuyo calor era aprovechado por los seres-esfera para el caldeo de su pueblo. Lo protegía una gigantesca montaña hueca—o cráter vacío—, en cuyo vértice se hallaba la válvula respiradero.

—Tengo entendido — indicó Linn — que los ígneos han bloqueado todos los pozos del planeta, siendo la radiación del tremendo calor interior, lo que os permite obtener la temperatura que disfrutáis. Si la tapa de contención fuera destruida... — insinuó…

Sintió una ráfaga de horror, antes que la contestación.

—El calor se expansionaría, vivificando la atmósfera exterior —continuó, el rey, siguiendo su pensamiento—. Pero, si derribásemos el obstáculo, el fuego brotaría con tanta pujanza que lo asolaría todo a su paso. Eso nos conduciría a una catástrofe, sin beneficio alguno para el resto del planeta. Nuestro pueblo sería aniquilado y pereceríamos sin remedio...

Linn se atrevió a opinar de distinto modo:

—Si la explosión se hace simultánea en todo Saturno — empezó —, brotará por igual el fuego retenido. La contextura del

planeta, y la distribución estratégica de las bocas ígneas, parece demostrar que así fue en principio. Antes del experimento decisivo aislaríamos los pozos con enormes paredes de material refractario, enfriadas con sucesivas cámaras de aire. El fuego saldría entonces de forma moderada. También se puede realizar la prueba en plena noche, en la estación invernal. El frío será, por una vez, nuestro más poderoso aliado.

El rey reflexionó. Linn Harvey podía seguir el curso de sus pensamientos.

—Lo malo es que no nos hallamos en contacto ni aun con los más inmediatos vecinos — dijo al fin—. Y mucho menos con los lejanos pobladores del planeta. Por otra parte, la simultaneidad de las descargas es algo prácticamente irrealizable.

—También lo era hasta mi llegada la permanencia en el exterior, durante varias noches — argumentó el terráqueo—. Y la adquisición de vegetales mediante aparatos locomotores, o la captura y aclimatación de los monstruos. ¡Todo eso lo tenemos conseguido! Hay que estudiar concienzudamente todas las posibilidades, y no excluyo la de ponerme en contacto con los seres ígneos, para que prescindan de su actitud egoísta y suicida.

—¿Cómo? — preguntó el rey.

—He pensado, majestad, que la retención del fuego en las capas internas puede, dar por resultado que Saturno — sin la necesaria expansión de sus gases—, estalle como una fruta madura. En ese caso, es posible que la explosión perjudique incluso a mi planeta; y aún desarticule todo el Sistema Solar, arrancando de sus órbitas los astros o arrojando en ellos inmensos pedazos incandescentes.

—He de retirarme a reflexionar sobre todo esto, amigo mío — contestó el rey —. Mañana continuaremos hablando. ¡Es un plan demasiado audaz! —terminó.

—Muy bien: ¡nosotros también estamos rendidos! Y te imitamos.

Linn se retiró en compañía de Hunán que — ajeno a la conversación intuitiva — se entretenía en seguir con la vista las rápidas evoluciones de los seres-esfera, ocupados en sus trabajos habituales. Mientras marchaban a paso lento hacia su dormitorio, le puso al corriente de la charla mental con el rey.

Aunque Hunán no era un científico, estuvo meditando sus palabras, y contestó después:

—Si todos los habitantes del planeta se decidieran a dar un paso de tal magnitud, mi rey podría distribuir— utilizando sus vehículos—, los explosivos necesarios por la superficie de Saturno. Yo podría encargarme de realizar parte de la labor. Por las buenas, o mediante nuestros rayos paralizantes, las cargas serían colocadas en todos los pozos de fuego, aun contra la hostilidad de sus poseedores. Ahora bien, la cuestión de la explosión simultánea me parece, como al rey-esfera, una cosa imposible.

—¡Nada hay imposible para el genio humano! — contestó Linn, bostezando—. Ya veremos lo que nos trae el día de mañana...

Como sí sus palabras hubieran sido un vaticinio, a la mañana siguiente los despertó Dito alborozado.

—Mientras dormíais he visto los laboratorios de estos seres — exclamó—: ¡son algo maravilloso! Superan en muchos aspectos a los nuestros y, sobre todo, tiene una formidable organización y una actividad insuperable.

—¿Qué es ese extraño aparato que traes en la cabeza? — preguntó Hunán, señalando una especie de casquete elástico y transparente, con raros adminículos —. ¿Acaso un nuevo gorro para dormir?

—Es un dispositivo que han hecho estos seres para comunicarse con nosotros. Lo están fabricando por docenas y, dentro de poco, podremos relacionarnos con los más alejados moradores del planeta. Siempre, claro está, que ellos tengan también casquetes similares.

—¡A ver ¡Déjamelo!—gritó Linn, arrebatándoselo.

Con toda facilidad lo adaptó a su cabeza, en virtud de su elasticidad. Se lo puso, y durante un raro estuvo percibiendo las ondas radiadas.

Un enorme dolor de cabeza le invadió: oía órdenes, comentarios, preguntas y respuestas de las másvariadas. Sobre toda clase de temas científicos, industriales y aun domésticos. Se atacaban, aplastándose unas contra otras.

Era como si se encontrara en una habitación escuchando a la vez multitud de aparatos de radio, conectados con distintas emisoras a la máxima potencia. Como si, en una bulliciosa central

telefónica, estuviera captando un cruce de líneas, oyendo simultáneamente centenares de conversaciones.

— ¡No hay quien entienda este galimatías! — gritó, pues estaba ensordecido por los dispares fragmentos de conversación.

—¡Claro! —rio Dito—. Es que no lo has ajustado a una determinada longitud de onda. Pruébatelo otra vez — añadió, tocando una pequeña conexión.

Entonces oyó Linn un diálogo perfectamente claro. No eran palabras, sino sensaciones. Ideas, preguntas y respuestas, detalladas en el lenguaje universal del pensamiento. Dos seres-esfera se comunicaban sus impresiones acerca de un nuevo producto refractario y, aunque no alcanzó el significado de ciertos detalles técnicos, el resto de la conversación era completamente comprensible.

Dito observaba, complacido, sus reacciones:

—Con este invento todo el planeta puede conversar, en un momento dado. ¡Lástima que no tenga uno de estos aparatos nuestro monarca, para darle cuenta del feliz término de nuestro viaje!

Aquel día habló Linn con el rey-esfera, a quien encontró ¡favorablemente inclinado hacia las sugestiones de la víspera. Las infinitas posibilidades del aparato transmisor iban a acelerar los proyectos.

Harvey se despidió del monarca y, encasquetándose el receptor, se dirigió a los laboratorios. Al encuentro de los sabios.

Inmediatamente que llegó empezó a disparar órdenes y fórmulas y durante varias horas permaneció como atacado de un verdadero frenesí.A su alrededor aquellos seres —electrizados— zumbaban como activísimas abejas, siguiendo las sugerencias.

Con tal celeridad, que docenas de nuevos productos y artefactos se hallaban preparados a los pocos días.

Apenas dedicaba Linn unos minutos a comer, y ninguno al descanso. Enflaquecía y los ojos amenazaban salírsele por las órbitas, al encuentro de un cuerpo más tranquilo. Su rostro escuálido, depauperado, se reflejaba en los vidrios y las superficies bruñidas con un aire espectral.

Pero el espíritu seguía en la brecha; indomable, ajeno a las molestias y necesidades físicas. Llevado por un vértigo contagioso

hasta el borde mismo de la locura.

Un enorme cilindro de cristal inastillable, debidamente refrigerado, fue colocado junto al pozo de fuego. Y el aventurero del espacio se introdujo en su interior, dispuesto a interpelar a los seres ígneos.

Al extremo del cilindro, y rodeado por una cubierta de amianto, un casco comunicador le precedía. Gigantescas mangas de aire frío, procedentes del exterior del cráter, lanzaban a toda presión chorros que templaban el ambiente. Ciclópeas paredes de refractario, previendo una posible rotura de la válvula obstructora, habían sido alzadas hasta la cumbre, desde donde fue descolgado Linn mediante un cable fortísimo.

Cerca del disco cristalino que cortaba el paso del fuego, observó ojos centelleantes que le espiaban. Los seres ígneos estaban protegidos, como él, por unas cubiertas transparentes, que rodaban y se desplazaban sin cesar. Eran de doble o triple pared, embutidas unas dentro de otras y separadas por un líquido aislante, incoloro.

Era algo impresionante.

En la más interior observó la presencia de unos entecillos diminutos de grotesca cabeza. Los ojos era lo que más destacaba de ellos, protegidos por una armadura córnea así como el resto de su renegrido organismo.

Eran ojos que acechaban con maligna perversidad su llegada, y observaban todos sus movimientos.

Linn soltó la bola de amianto mediante un dispositivo interior del cilindro, y señaló repetidas veces el casco que llevaba puesto en la cabeza. Después ordenó a toda prisa que le izasen, pues se sentía desvanecer.

¡No pudo recordar cómo fue sacado de allí, y conducido entre sus amigos!

Cuando abrió los ojos, se hallaba sumergido en un baño de líquido refrescante. Hunán lo pasaba repetidas veces unos paños por la frente, que ardía de fiebre.

Las radiaciones de calor —aún protegido por el cilindro y su envoltura refrigerante—, habían chamuscado el vello de su cabeza y de su cuerpo, dejándole más pelado que un pollo dispuesto para asar.

Dolorosas llagas cubrían su piel y sus ojos apenas veían, lastimados por la enorme temperatura y a pesar de la protección de las gafas de mica.

Unos minutos más y lo hubieran sacado otra vez en espíritu intangible.

Durante dos días, ninguno de los que habitaban el subterráneo captaron señales extrañas.

Las heridas de Linn cicatrizaban lentamente, y los dolores primeros habían sido mitigados con anestésicos y sedantes.

La tarea de la fabricación de los cascos seguía en aumento y, al exterior, la vida continuaba normal.

Hunán y Dito no se Separaban del jovencito y le comunicaron que varios seres-esfera, utilizando el coche oruga en plena calefacción, habían salido al exterior a recuperar los vehículos siniestrados.

De nuevo recolectaban frutos y se cuidaban ya d« vigilar la aclimatación de los monstruos. Se reforzaron aún más las paredes del pozo de fuego, en evitación de represalias de los moradores internos del planeta, y se habían acondicionado todas las instalaciones vitales lo más lejos posible de la vida volcánica.

¡Estaban, virtualmente, en pie de guerra!

CAPÍTULO IX

Fue al tercer día. cuando recibieron el esperado mensaje. Era conciso y perentorio:

> "¡Aguardamos el ataque! Si lanzáis los explosivos que estáis fabricando, reventaremos vuestra ciudad aunque la muerte nos fulmine a todos. Hemos captado todos vuestros preparativos y estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas a cambio de las vuestras. No deseamos ningún tratado de mediación ni de paz. ¡Simplemente esperamos!"

Linn dio orden de que todos los cascos fueran desconectados. Y así se realizó al instante, pues sólo pudo percibir, a través del suyo, una sensación acechante y maligna, que sentía palpitar a través de su cerebro.

Asqueado, sintiendo la repulsión de aquella inteligencia escurridiza y pérfida, que le sondeaba, se quitó el casco y lo arrojó contra el suelo.

En el acto percibió la pregunta telepática del monarca:

—¿No hemos de construir más? ¿Hemos fracasado?

— ¡Al contrario!—exclamó Linn—. Seguid produciéndolos, dedicad todas vuestras energías a la empresa. ¡Fabricad cascos y explosivos para todos los pueblos de Saturno!

Un rápido despliegue de seres-esfera indicó que la orden habla sido transmitida. Dito y Hunán se aproximaron al joven, que les comunicó en lenguaje sirano su proyecto:

—Hay que desarrollar una extraordinaria y continua actividad. Salid con el vehículo oruga y repartid los cascos y los explosivos ya fabricados. En un momento dado se arrojarán contra los pozos de fuego. Todo el planeta ha de librarse, a la vez, de su ancestral enemigo. A la contraseña, transmitida desde aquí, en momento oportuno, se ha de dar expansión al fuego interior, para que saiga a las capas externas y vivifique otra vez la superficie. Partid con varios hombres-esfera —terminó Linn—, y cuidad que el plan se realice como os digo. ¡Y, sobre todo, que nadie se coloque los cascos antes del día y hora prefijados! Partid sin tardanza y... ¡buena suerte!

Todos los que debían marchar obedecieron.

Aunque los acontecimientos se precipitaron, hubo que aguardar semanas y meses en una espera angustiosa. Varios coches orugas regresaron y fueron cargados copiosamente. Por fin Hunán volvió, cumplida su misión, en unión de varios representantes de remotos pueblos.

Ni uno solo de los atemorizados pobladores del planeta había fallado. Como los seres-esfera, los demás habitantes se mostraron dispuestos a morir c triunfar en la empresa.

Aquella noche, de todos los puntos del planeta surgirían potentes reflectores hacia el cielo y surcarían el espacio potentísimos cohetes. Como un aviso y una consigna.

A las dos horas de la señal, los cascos serían colocados en la cabeza de los dirigentes de las más remotas naciones, y los explosivos estarían dispuestos a ser lanzados en todos los pozos de fuego conocidos.

Electrizados por la dialéctica de Hunán y Dito, por el ejemplo de sus respectivos países, nadie había intentado sustraerse a la obligación colectiva. Todos ansiaban terminar de una vez aquella pesadilla, y aniquilar a los ladrones del calor y la vida.

Ei día transcurrió febrilmente. Sin embargo, a última hora de la tarde y a primera de la noche una extraña laxitud se apoderó de todos.

¡Estaban a un paso del definitivo experimento!

Las torretas permanecieron vigilantes. A la hora prevista, cohetes y reflectores surcaron las tinieblas hacia el cielo. Se observó una lejana claridad, y lívidas chispas les convencieron de que —a centenares y miles de millas— infinidad de seres esperaban el momento crucial.

Llegado éste, todos se colocaron los cascos y oyeron mi inmenso vocerío.

"—¡Aquí Lugán, Sira, Mandrápolis, Stofan, Beldis, Areania...!"

Todas las poblaciones anunciaban su presencia y exigían un puesto en la conflagración.

Después...

¿Fue la voz de Linn Harvey o sólo su pensamiento el que dio la terrible orden?

Sucedió una terrorífica sacudida. Algo así como el agrietamiento sísmico del planeta.

Una confusión y un calor inaguantables los envolvieron. Sacudiéndolos, arrojándolos contra las paredes y los objetos.

Ante las espantosas oscilaciones, trozos de roca cayeron a su alrededor, aplastando cuerpos y destrozando máquinas. Derribando paredes, rasgando muros y destruyendo en segundos interminables la labor de siglos.

Y el calor aumentaba, amenazando ahogarlos. Comunicando al aire un acre olor de fósforo y carne quemada.

¿Era aquello el fin del mundo, el desquiciamiento definitivo del Universo? ¿Habían sido las órdenes de Linn la piedra sillar de una gigantesca matanza, el suicidio colectivo de todo un planeta?

El culpable se levantó de entre los escombros, palpando sus miembros magullados. Hunán y otros siranos ya estaban en pie. A su lado, los seres-esfera alentaban penosamente.

En medio del aquel caos inaudito, Linn se encaminó,

tambaleándose, a una de las torretas. Miró al exterior, y vio.

Un deslumbrante resplandor iluminaba fantasmagóricamente la noche... Numerosos cráteres vomitaban hacia el cielo torrentes de fuego. El aire irradiaba una tétrica fosforescencia y en el cielo las aves rapaces danzaban extraños giros desorbitados. Las larvas y los monstruos reptaban por doquier,

¿Cuántas horas permaneció presenciando el terrorífico espectáculo? ¡No lo supo nunca!

Pero, cuando mayor era su represión, una esfera reptante se aproximó a él. ¡Era el rey!

Enroscó los tentáculos en el cuello del afligido, que esperó la muerte física.

¿Qué le importaba?

Llevaba la muerte en el alma: se consideraba responsable de la mayor hecatombe, del crimen más sangriento y premeditado del Universo. ¡De la más gigantesca y repugnante matanza...!

No intentó pues escapar a su castigo.

Pero los tentáculos no apretaron su garganta. Antes al contrario, la palparon cariñosamente, y oyó la voz del monarca de aquel pueblo:

—¡No he podido venir antes a tu encuentro, porque estaba desvanecido...! —dijo.

Hubo una pausa tensa, vacía hasta de pensamientos.

—Y muchos han muerto —siguió el rey—. Bastantes de mis amados hijos no volverán. Pero presiento, desde ahora, el renacer de un mundo largos años condenado al hambre y al destierro. Esperemos el día, que no ha de tardar.

No tardó, en efecto. Insensible a todo, indiferente a muertes y cataclismos, la Naturaleza seguía su curso imperturbable.

Al menos, la vida vegetal se desarrollaba más lujuriante, más exultante que nunca. Algunas larvas se precipitaron sobre las plantas, y las aves soliviantadas emprendieron su eterna lucha por la vida.

Grandes, oscuras,amenazantes nubes se adelantaron variando el ritmo normal. Las condensaciones producidas por el enorme calor se resolvieron por fin en abundantísimas lluvias.

¡Nubes como las de la Tierra, en lugar de las rastreras y efímeras que antes rozaban la superficie!

Al verter sus cataratas líquidas desde el cielo —por la asombrosa fecundidad de aquel planeta, queantes esterilizaba cada noche el frío y el hielo—, brotaron nuevas vegetaciones.

Las semillas que yacían en estado latente, a mayor profundidad, fueron sacadas por aquel diluvio de su estado letárgico. Diversas especies de helechos y cactus espinosos se alzaron donde antes sólo medraban el liquen y las plantas rastreras.

Pero la noche siguiente fue aún más. asombrosa. El ingente anillo que rodeaba el planeta —saturado del fuego que sin cesar vomitaban los volcanes— había tomado un inusitado resplandor. A su potente luz, semejante a la del día, se vio que las plantas persistían y que las ávidas larvas continuaban su incansable pastar.

Señal indudable de que un calor no usual las liberaba de buscar refugio .

¡Ya no existían las gélidas noches inhabitables, y aquellas bestias eran la más fehaciente prueba del cambio operado.

—Sí —dijo el rey que estaba junto a Linn observando —. Es indudable que el frío ha cesado, al menos en suanterior crudeza. Yo mismo he permanecido en la torre durante muchas horas, sin sentir sumordedura. Es indudable que el calor interior se ha expandido a nuestro anillo y desde allí irradia luz y fuerza vital. ¡Bendito seas!

Linn descendió de la torreta tambaleándose, con unas incontenibles ganas de llorar.

Recorrió las dependencias del pueblo subterráneo, viendo a los seres-esfera reparar los desperfectos de su ciudad, curar a los heridos y retirar las víctimas?

¡La vida volvía a normalizarse!

Porprimera vez, desde siglos, los seres-esfera salieron al exterior a través de las grietas de las rocas. Pero habían de retirarse rápidamente. Aunque en el clima exterior ya les era permitida la vida, aún tenían que adaptar sus débiles miembros al nuevo ambiente. Sería labor de semanas, meses o años; pero al cabo su aclimatación seria un hecho.

Durante el día podrían recorrer sus dominios, cultivar sus campos y vigilar sus rebaños de monstruos. Producir cruces de seres que les permitieran mirar la cara al porvenir.

Por medio de los cascos transmisores se recibieron noticias de todos los demás pueblos de Saturno. Algunos de ellos no habían sufrido daños; otros atendían a los heridos y atajaban pequeños siniestros. De muy pocos no se captó el menor mensaje.

Los vehículos fueron repasados y las grietas de la ciudad subterránea debidamente apuntaladas. Se hizo la recogida de las víctimas y, a pleno día, fueron enterradas al aire libre. ¡Dichosa y última morada de los que eran eternos prisioneros!

Los seres-esfera rodeaban las nuevas vegetaciones, y con su característica vivacidad tomaban sus frutos y experimentaban süs cualidades nutritivas. Fueron capturadas varias aves, sin esperar la ayuda de las larvas y, en la actitud de todos observó Linn la alegría de la genuina libertad.

De la toma de posesión de aquello que por derecho les pertenecía y que les había sido arrebatado injustamente.

Dejándolos entregados a su labor de reconstrucción se encaminó al coche oruga, donde Hunán y los suyos le esperaban.

El rey lo despidió efusivamente:

—¡Adiós, amigo; artífice de una nueva Era! —le dijo, enlazándole con sus tentáculos—. Que las bendiciones de todo el planeta te acompañen.

Después de varios días y noches de marcha ininterrumpida llegaron a Sira. adornada de colgaduras para celebrar el regreso. Casi toda la población se hallaba al exterior, aclamando la triunfal llegada.

Linn apenas hizo aprecio del saludo del rey. Porque, a su lado, con los brazos abiertos y llorando de alegría, le estaba esperando una mujer.

—Sabía que volverías, hijo — exclamó Laga—. Desde que te vi, acompañado de mi esposo, comprendí que algo sobrenatural había en ti. Cuando te marchaste para arrostrar los peligros y la muerte, algo me decía: “No llores, estúpida mujer, no temas por ese niño a quien quieres como a un hijo. No aflijas con torpes lamentos su odisea. ¡Él volverá!” ¡Y has vuelto! No te vayas más; no abandones este planeta que te adora tanto como yo misma, que ve en ti a su salvador. ¡Quédate con nosotros!

El rey se acercó al grupo que formaban Laga y Linn. Poniendo su mano sobre la cabeza del héroe, le dijo:

— ¡Soy viejo ya, terrestre! Mis fuerzas están agotadas por los últimos sucesos, adversos y felices. ¡La alegría aniquila tanto como las penas, y me siento morir! Que los últimos momentos de mi vida sean asistidos por tu juventud y por tu audacia. Acepta en nombre de mi pueblo — en nombre de Sira, capital de Saturno—, ésta corona que vacila sobre mis sienes…

EPÍLOGO

Acudí cierta mañana, desesperado, a la tienda de Sammy Lebanon. Llevaba un mes entero sin visitarle.

Él me vio llegar con el gesto benevolente y un poco irónico de siempre. Alzó los negrísimos ojos del Talmud y me ofreció una banqueta con tres patas útiles.

—.¡Por David y sus siete Salmos!—exclamó—. Creí que había muerto mí mejor amigo... ¡Tome asiento y cuénteme a qué debo el placer de su visita!

Entre aquella serie de zalemas saqué en limpio dos cosas. La primera que Sam estaba encantado de que volviera su único cliente. No soy tan fatuo como para conceder al judío un gran interés por mi salud. Pienso que el mejor amigo de Sammy Lebanon es... ¡el propio Sammy!

Desde el día en que adquirí el manuscrito —del que saqué la historia que antecede— no habíamos vuelto a hablar de él. Pero habla sucedido algo que me obligaba a tocar el tema: mi editor me reclamaba la continuación de la obrita, creyéndola de buena fe hija de mi ingenio.

Luego de cerciorarme de la limpieza y solidez del asiento ofrecido, pregunté a Sam:

—¿Recuerda aquel mamotreto que le compré por diez libras? Me dijo usted que lo había leído...

Sam se frotó las manos antes de contestar. Escrutándome el rostro con su vista sagaz:

—Pues... ¡sí que lo recuerdo! —admitió el hombrecillo —.Hice muy mala operación vendiéndoselo tan barato.

El negocio había cambiado sensiblemente, y no cabe duda de que yo influí en su aspecto. Si la tienda aparecía ordenada y

limpia, nadie mejor podía calcular el esfuerzo desarrollado en la tarea.

Brilló la sonrisa en el rostro levítico, y Sam se acarició la barba puntiaguda, tan rizada y negra como su cabello. Los lentes me enfocaron al cabalgar sobre la ganchuda nariz.

—Me gustaría que hablásemos de ello — dije—. ¿Cómo llegó a su poder el manuscrito?

Hubo una pausa silenciosa y reflexiva. Al cabo, el negociante me contestó con cierta solemnidad:

—Me lo vendió una señora de cierta edad, con un lote de ropas usadas y algunos libros de Medicina. Me llamó laatención aquel escrito y lo leí. Reconozco que fue una curiosidad inexplicable en mí, que no suelo conceder interés a ciertas cosas.

—¡Siga! —pedí, inclinándome y haciendo crujir la banqueta.

—Al principio creí que se trataba de una patraña. Pensé en la posibilidad de que la señora tuviese algún familiar escritor, y la hice discretas preguntas. ¡Es una vecina del barrio! — añadió, a guisa de explicación.

—¿Y...?

Nunca podría imaginarse Sammy Lebanon laansiedadque había detrás de mi breve pregunta. Sus pobladas cejas se alzaron media pulgada y formaron un doble arco al quedar ligadas por el entrecejo. Me estudió con interés. Al cabo...

—No quiero tenerle más tiempo en ascuas —me dijo—. Le debo algo por haber transformado mi negocio con su constancia y ese maravilloso instinto de organización.

-—¡Hable! — pedí, con afán incontenible.

—La señora es soltera, y no tiene familia. Me ha informado de elle y de que su padre fue un médico eminente.

El judío atajó mi nueva pregunta con un breve ademán. Y demostró su sagacidad al contestar directamente a una pregunta no formulada.

—No se llamaba Roderick, pero eso puede explicarlo el hecho de que no le gustaba la popularidad. Pudo emplear un apellido cualquiera en su relato...

Estábamos llegando al verdadero objeto de mi visita. A lo que motivó mi interrogatorio.

Yo no solté la prenda diciendo cuál era el verdadero interés

que perseguía; pero... ¿acaso escapaba algo a la sagacidad de Sammy Lebanon? Parecía mucho más hábil como investigador que como negociante en cosas vetustas y atrabiliarias.

—¿Sabe si tendría más papeles como aquél? — pregunté, sin poder disimular la ansiedad de mi voz.

El judíose echó a reír. Me miró con la misma curiosidad con que un coleccionista examina su último hallazgo: interesado y curioso, tal vez un poco burlón.

—Creo que si — dijo al cabo—. Al parecer esas memorias primeras vinieron a mí por un disculpableerror de la buena mujer. Pero creo que tiene en su casa multitud de escritos referentes al mismo tema.

Mi candidez era manifiesta, casi infantil. El que conozca a un judío —y sobre todos a Sammy Lebanon — puede asegurar que no soltará prenda en tanto vea una posibilidad crematística. Yo iba a aprenderlo de seguida, para mi mayor desventura.

—No lo sé — dijo—. Y aunque veo a la señora algunas veces, no puedo dejar la tienda para seguirla. Usted sabe que estoy solo, triste y desamparado — terminó, plañidero.

— ¡Pero es que yo "necesito" la continuación de la obrita! — exclamé, sin tener en cuenta ya ninguna reserva diplomática.

Ante la magnífica estrategia del judío, había soltado prenda de un modo involuntario. Y era tal mi excitación que no quise recoger velas. Pude explicar que estaba agobiado por la curiosidad, pero aquello hubiera sido una repugnante mentira. Mientras mi amigo se frotaba las manos satisfecho, yo me retorcía los dedos con saña. Al cabo oí su voz, con la misma unción que un creyente gentil el oráculo de una pitonisa.

—No será difícil que me los vaya trayendo poco a poco. A medida que le compre los trastos de que desee desprenderse...

Hizo una pausa reflexiva y siguió hablando. Yo apenas alentaba, pendiente de sus labios.

—Venga usted por aquí dentro de unos días —terminó Sam—; es muy posible que tenga algo nuevo que ofrecerle. Claro está que habrá de pagármelo más caro. Si compro a la señora un lote de trastos —con la condición de que me ceda un nuevo relatoaventurero de Linn Harvey— no puedo perder en la operación. Sería absurdo y ridículo, casi criminal...

Prometí a Sammy cuanto él quiso —dentro de límites razonables— y abandoné su tienda. Desde entonces he vuelto varias veces sin éxito; la señora del legajo no ha venido a venderle más cosas.

Cada día acudo a la tienda con una ilusión renovada, que veo desmoronarse ante la negativa brevey enérgica de Sam. Pero no pierdo la fe.Estoy seguro de que, más pronto o más tarde, conseguiré mi objeto.

La lógica me hace suponerlo así, al menos. Creo que acabaré haciéndome con todos los legajos; de uno en uno — n sucesivas compras de mi amigo— o todos de una vez, en caso de que la vendedora pase a mejor vida.

Soy terriblemente egoísta, como humano. Y tengo tanto interés por averiguar las nuevas andanzas de Linn como por saber de qué modo consiguió rematar su empresa aventurera.

Pensando en la primera parte de su relato intuitivo, he visto apuntarse numerosas posibilidades de lucha. Nuevas conquistas debidas a su audacia y habilidad, a su hidalgo modo de comportarse en un planeta lejano e inaccesible.

¿Qué ocurrió al fin con los seres de fuego? ¿Permanecen en las entrañas de Saturno, o fueron proyectados al exterior durante el gran cataclismo?

También tengo interés por saber algo de los seres que habitaban los mares cubiertos por una coraza transparente. Y averiguar qué le pasó a Hunán, a su bondadosa mujer y a su hijita. El relato de Linn Harvey deja entrever que la muchachita llegaría a ser, con el tiempo, algo más que una amiga.

Mi imaginación se exalta y, dado mi carácter, nadapodia excitarla más que el relato de tales y tantas aventuras misteriosas. Ansío, necesito saber, qué ocurrió a Linn en tierras de Saturno. Espero que la suerte, que me deparó su primera serie de aventuras, me conceda el hallazgo de otras nuevas.

Por todo ello, cada día me acerco a la tienda del judío. Y Sammy me recibe con su sempiterna sonrisa, me habla en tono ceceante, y me invita a rebuscar entre sus nuevas adquisiciones.

No quiero echar números, como él. Estoy percatado que, de hacerlo, comprobaría que las cien libras que me dio el editor por “El viajero de Saturno” habrán pasado íntegras, con intereses, a

manos de mi amigo.

Después de todo…

Se lo merece por su infinita paciencia, y además por haber despertado en mí el fuego de una curiosidad sana y razonable. Por alimentar mi esperanza con sonrisas y frases de aliento.

Además… estoy seguro de que un día me llevará —con cierto aire de ritual— hasta colocarme frente a un nuevo fárrago de aventuras extraordinarias.

¡Cómo espero ese momento!

Le pagaré sin regatear y marcharé a mi casa con el aire receloso de un avaro que se dispone a contemplar, a solas, su tesoro. Volveré a vivir, en la imaginación, las aventuras de Linn Harvey.

Conozco ya al héroe como si le estuviera viendo: alto, fuerte y varonil; convertido en un dechado de perfecciones.

Debe tener a estas alturas unos treinta años, a juzgar por la edad de “la hija del doctor Roderick”

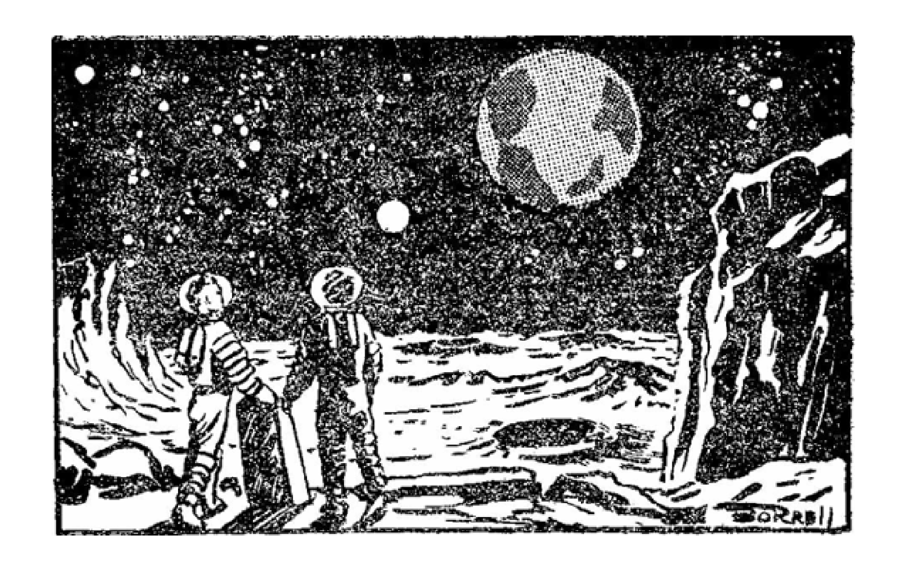
y por la duración de los años en Saturno. Ahora, ei príncipe de Sira debe estar en el apogeo de su fuerza y de su sabiduría.

No me cabe duda de que vive, y que camina por la senda emprendida: la emancipación de seres infelices. Es algo que se desprende, como up corolario, de sus anteriores hazañas. Sin duda está a punto de casarse con la joven Tona, convertida en una indiscutible belleza y muy solicitada por sus virtudes.

¡Es tan bonito soñar!

Necesito creerlo: esta ficción ha llegado a convertirse, para mí, en una exigencia mental. En un fuerte e inexplicable estímulo.

FIN



En el hemisferio austral de la Luna, junto al cráter Linneo, y mirando hacia el Mar de la Serenidad, hay una lápida.

Es de plata y está colocada en el lugar donde yacen dos heroicos agentes del W. B. I., que dieron su vida por el ideal de una Humanidad pacífica y mejor.

Murieron cumpliendo su deber, sin protestas, sin dramatizar, con sencillez y abnegación.

Sus compañeros, los agentes que les ayudaron en la desesperada lucha contra un supercriminal, sienten latente el dolor que su muerte les causó, pero sonríen orgullosos cuando hablan de ellos.

¡Y un hombre y una mujer les deben su felicidad!

UNA LAPIDA EN LA LUNA

¡ESTA HISTORIA, IMPRESIONANTE Y EMOTIVA, ES MAGISTRALMENTE NARRADA POR *CLARK CARRADOS* EN EL PROXIMO NUMERO!

Rutas abiertas por chirriantes carromatos ocupados por familias que, luchando contra la naturaleza y contra la maldad del hombre, llevan consigo el trabajo, el orden y la civilización.

Rutas holladas por jinetes cubiertos por el polvo del largo camino, de rostros curtidos o duros o barbilampiños, que van

en pos de la fortuna, del poder o del olvido.

Rutas surcadas por traqueteantes diligencias cuyos heterogéneos viajeros traen, con su reducido equipaje, la esperanza, la ambición o el vicio.

Rutas de anchos y agrestes horizontes, largas, interminables. Que cruzaron, como polvorientas venas, todos los territorios de una nación que nacía.

COLECCION RUTAS DEL OESTE

describe en sus novelas toda la gama de aventuras que vivieron los hombres audaces y las mujeres valerosas que pasaron por esos caminos. Los mejores autores colaboran en esta colección para ofrecer al público los argumentos que más acertadamente exponen la epopeya de la colonización norteamericana. Adquiera los ejemplares de esta Colección, si desea usted leer emocionantes y viriles aventuras.

Los primitivos revólveres Colt, que tantas veces dejaron oír sus voces en el salvaje Oeste norteamericano, tenían todos una característica común: seis tiros.

La COLECCION "SEIS TIROS” de novelas del Oeste no podía llevar otro título más apropiado. En efecto; en ella sólo se publican relatos que, al igual que aquellos eficaces revólveres, tienen todos una misma característica común: el rudo y clásico sabor del lejano Oeste, sus violencias, sus aventuras, sus heroicidades.

Cada uno de sus títulos posee ese ambiente en su máximo grado, unido a una selecta calidad literaria, Ello permite ofrecer al lector unas páginas que tienen la virtud de trasladarle, con su lectura, a las fértiles praderas, a los áridos desiertos o a las desordenadas ciudades del dorado Oeste norteamericano.

Compruébelo usted adquiriendo el próximo título de la

COLECCION SEIS TIROS

[1] El concepto de horas y otros términos do medida terrestre, sólo deben tomarse en sentido aproximado. *{N. del A.)*

[2] El coche oruga se componía de un departamento delantero, donde se alojaban la maquinaria y los mandos, y oíros varios remolques vacíos, donde habitualmente se guardaba la caza, *[N, del A.)*